

I. LA INVESTIGACION EN CAVERNAS Y ABRIGOS

Aunque existen en la literatura arqueológica americana en general, y argentina en particular, antecedentes de investigaciones en grutas y abrigos bajo roca desde las primeras horas de estas investigaciones, el estudio sistemático de este tipo de yacimientos puede decirse que apenas comienza, no habiendo alcanzado, por lo tanto, el nivel que merece. Baste, sin embargo, recordar los primeros trabajos hechos por Lund, ya hacia 1836, en las cavernas del Brasil (Lund, 1950) o los antecedentes de la misma gruta de Intihuasi, para apreciar su temprana aparición en la historia de esta disciplina. Mas, pese a este detalle de temprano interés, en los trabajos posteriores se dedicó poca o ninguna atención a esta clase de repositorios arqueológicos, no obstante los resultados de fundamental importancia que la investigación de este tipo de sitios había aportado al conocimiento de la prehistoria europea y del mundo entero. Creemos que la causa fundamental de ese olvido debe buscarse en América, teniendo en cuenta el escaso interés que prestaron los arqueólogos de varias generaciones al estudio de los restos dejados por las protoculturas o por pueblos precerámicos, a los que buena parte de los investigadores atribuían, también, escasa antigüedad y, por lo tanto, consideraban indignos de mayor atención.

Sólo después de los hallazgos de Folsom, que significaron un vuelco en la opinión con respecto a la antigüedad del hombre en América del Norte, aparecen estudios detallados de importantes cavernas; es así como se dan a conocer los hallazgos de Nevada (Harrington, 1933), Sandía y Manzano (Hibben, 1941) y posteriormente los excelentes estudios de Haury y colaboradores en Ventana Cave (Haury, 1950), los hallazgos interesantísimos de Bat Cave (Mangelsdorf, 1951) y los muy recientes de Jennings en Danger Cave (1957), para no citar sino los más conocidos. Lo más significativo es que los resultados obtenidos en algunas de esas cuidadosas excavaciones, no sólo proporcionaron una secuencia clara de las protoculturas sino que permitieron seguir la historia

arqueológica de los períodos posteriores de las culturas agro-alfareras tal como ha sucedido con las cavernas de Ventana, ya citadas, y con las de Córdoba y Tularosa (Martin y Rinaldo, 1952). En los Estados Unidos se ha intensificado esta clase de trabajos y son numerosísimos los abrigos y cavernas exploradas, según puede verse en los resúmenes más importantes sobre el tema (Wormington, 1949, Sellars, 1952) o bien hojeando simplemente los diez últimos volúmenes de *American Antiquity*.

En Méjico, el interés de las altas culturas fue el centro de atracción fundamental para el arqueólogo; sin embargo, han comenzado ya esta clase de trabajos, y pueden citarse, como ejemplos, las excavaciones de Mac Neish en Tamaulipas (Mac Neish, 1950). En Brasil se ha retomado el estudio de las viejas cavernas que atraieron en su hora el interés de Lund (Evans, 1950, Hurt, 1956). Aún en la zona de Las Antillas y del Caribe, el estudio de abrigos bajo roca proporcionó interesantes resultados (Alegria, 1955). En Perú, al igual que en Méjico, el interés primordial estuvo localizado en las altas culturas, a pesar de lo cual las descripciones de los abrigos de Huancayo hechas por Tschopik (Tschopik, 1946) abren nuevos horizontes, confirmados por hallazgos más recientes. En Chile, algunas referencias de zonas muy distintas como el área central (Iribarren, 1949, 1952) o la araucanía se muestran igualmente promisorias.

Los antecedentes en nuestro país son numerosos. Aparte de Intihuasi, hay que mencionar como jalón importante, aunque lleno todavía de interrogantes, las investigaciones hechas en la célebre gruta del Mylodon, que, excavada a fines del siglo pasado, tiene por sí sola toda una bibliografía, que no alcanza a resolver sus interesantes incógnitas estratigráficas, según nos lo revelan las últimas investigaciones practicadas en su interior (Emperaire, 1954). En la zona austral, las investigaciones de Bird en diferentes abrigos rocosos de Santa Cruz, hoy justamente difundidas, marcan una

verdadera etapa en esta clase de trabajos (Bird, 1938). A ellos habría que agregar las investigaciones de Menghin, también dentro del territorio patagónico (Menghin, 1952).

En la provincia de Buenos Aires existe el antecedente de las investigaciones de Tapia que pudieron ser, en su hora, un excelente ejemplo de método, pero desgraciadamente el material recuperado es dudoso o carece, en su casi totalidad, de todo trabajo intencional (Tapia, 1937). Más recientemente, tenemos las excavaciones de Menghin y Bórmida en Tandil (Menghin, Bórmida, 1950).

En la provincia de Córdoba, los trabajos de Montes en la gruta de Candonga (Castellanos, 1943) o los que realizamos en Olaen primero y

Ongamira después (Rex González, 1952), son otra demostración de la gran utilidad y el amplio campo de posibilidades que esta clase de yacimientos arqueológicos ofrece. Creemos que con los resultados obtenidos en el estudio de abrigos y cavernas en las Sierras Centrales, se abre para esta zona una nueva época en la investigación y se han de escribir importantísimas páginas de nuestra prehistoria el día que se practique a conciencia, la excavación de los numerosos abrigos y cavernas que se hallan en casi todas las áreas arqueológicas de nuestro país, especialmente en Córdoba. En el N.O. argentino también conocemos muchos lugares, donde existen cavernas o abrigos bajo roca, susceptibles de ser excavados.

II. BREVES ANTECEDENTES SOBRE LOS ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS DE LAS SIERRAS CENTRALES

Las Sierras Centrales —Córdoba y San Luis— fueron mucho menos atendidas por los arqueólogos que el N.O. argentino y la Patagonia. Con todo, existe un considerable número de publicaciones consagradas a este tema.

Las primeras referencias arqueológicas sobre las Sierras Centrales corresponden al último cuarto del siglo pasado. Se trata de una somera mención de sitios, tales como la hecha por Brackebusch, referente a las dos grutas de Intihuasi (1875) o la de Avé Lallement sobre Intihuasi de San Luis (1875); o bien de rápidas descripciones y referencias sobre piezas sueltas, las que a menudo se incluían dentro de series procedentes de otras áreas, tales como las que se encuentran en los artículos de Weyembergh (1886) y Virchow (1884), o de elementos aislados como la descripción de los morteros cupuliformes hecha por Lehmann Nitsche (1904).

Nuestro país fue el centro de un temprano interés por el problema del "hombre fósil", y Córdoba no fue ajena a esa inquietud alentada esencialmente por Florentino Ameghino. Los dos años que el ilustre paleontólogo fué catedrático en la Casa de Trejo, marcan el comienzo de las investigaciones arqueológicas de campaña hechas en forma científica, las que por desgracia, quedaron interrumpidas durante muchos años. En los breves

informes que nos dejó Ameghino (1885; 1889) queda esbozada claramente una secuencia arqueológica que se olvida posteriormente por casi setenta años y que los estudios estratigráficos modernos confirman luego en sus líneas generales, revelando la extraordinaria capacidad de observación del sabio pionero. Los trabajos de Ameghino y su interés por los problemas de la prehistoria, incitan correlativamente al estudio sobre los sedimentos pampeanos. Aparece así el trabajo de Doering (1907) que sintetiza los conocimientos sobre el tema y agrega sus propias observaciones las cuales se suman a las muy valiosas de Bodenbender (1890).

Es notable y prácticamente desconocido, el hecho de que Ameghino se adelantó en más de medio siglo a su tiempo mediante sus observaciones y conclusiones con respecto a la arqueología de Córdoba y por ende, a gran parte de la de San Luis. Durante ese lapso las cortas líneas donde bosqueja su resumen con meridiana claridad, fueron olvidadas por completo no obstante, que ellas presentan una visión histórica del problema como no fue percibida por ninguno de los que, muchos años después, se dedicaron a estos estudios, excepto quizás, por Outes. Las observaciones de Ameghino, en el viejo yacimiento del Observatorio Astronómico, demuestran sus admirables dotes de

investigador, su claro sentido para valorar históricamente las culturas y la posesión de un método que no tuvieron quienes se dedicaron con posterioridad a la arqueología de Córdoba.

En su breve informe de 1885, Ameghino expone el fruto de sus observaciones en el terreno (Ameghino, 1885, p. 347 y siguientes). Describe, en primer término, la geología de los depósitos cuaternarios de Córdoba y luego los vestigios industriales que estima contemporáneos de alguno de esos pisos. Lo que nos interesa, fundamentalmente, son las observaciones de Ameghino que se relacionan en forma directa con las conclusiones de nuestros propios estudios. Estas observaciones se realizaron en el yacimiento situado frente al Observatorio Astronómico de la ciudad de Córdoba. En él aparecieron "... numerosos instrumentos de piedra tallada, de formas variadas, pero generalmente toscos. El instrumento más característico es una especie de punta de dardo (?) unas veces pequeña y otras de dimensiones considerables, tallada en sus dos caras, de modo que represente la forma de una almendra (el subrayado es nuestro). Siguen a este instrumento una cantidad considerable de piedras arrojadizas talladas de modo que presenten numerosas facetas, ángulos y aristas, que, sin duda, lanzaban con la onda, pequeños molinos primitivos formados por dos piedras aplastadas en forma de pequeños quesos, que frotaban unas sobre otras, percutores, martillos y algunos raspadores bastante escasos, etc., pero no se ha encontrado allí *hasta ahora ningún vestigio de alfarería* (el subrayado es nuestro), cuya primera aparición en América es sabido que data de época muy remota. En cambio se ha recogido una forma de hacha de piedra pulida sin surco alrededor, casi igual al hacha de piedra pulida de Europa. Parece, pues, que fuera ésta la forma primitiva del hacha de piedra pulida, acompañada aquí de un dato que nos permite determinar que su descubrimiento precedió en América al descubrimiento de la alfarería".

Los portadores de esta cultura eran individuos de raza "... dolicocefala, de cráneo extraordinariamente espeso, frente deprimida y arcos superficiales muy desarrollados"; dejando de lado el parecido que el autor encuentra con restos humanos fósiles de Europa, interesa saber que "... algunos

cráneos parecen presentar ligeros vestigios de una deformación algo parecida a la conocida por Aimará, de la que parece ser una variedad" (op. cit. p. 348 y siguientes).

Muy cerca de este yacimiento encontró otro, y aunque no parecen haber estado en superposición estratigráfica no duda de que este último pertenece a una "época mucho más moderna". La descripción de este último nivel cultural, es la siguiente: "debajo de una capa de unos 60 a 80 centímetros de espesor, se encuentran los restos de una raza de cráneo braquicéfalo, de curvas regulares y frente elevada, mandíbula inferior pesada y un fuerte prognatismo en el maxilar superior, a menudo deformados artificialmente en sentido ántero-posterior (*deformación fronto-occipital*) a la manera de los nahuas. Estos restos óseos están acompañados de puntas de flecha de piedra muy bien talladas, de *tipo triangular* (el subrayado es nuestro), ahondadas en la base o con pedúnculo, cuchillos de piedra, hachitas, raspadores, hachas de piedra pulida, grandes morteros, molinos primitivos, pilones, percutores, etc. Puntas de flecha, punzones, agujas y otros instrumentos de hueso. Numerosos objetos de barro de un arte muy avanzado unos, muy toscos otros ídolos en tierra cocida y algunos pocos objetos de cobre.

Estos depósitos sólo los he hecho remover hasta ahora en una mínima parte de su extensión pero con feliz resultado, por lo que espero, con fundada razón, que proporcionarán luego materiales de mayor importancia".

En los dos últimos puntos están contenidos los resultados de los trabajos arqueológicos realizados en Córdoba y San Luis a lo largo de los últimos años. En efecto, dejando de lado los restos asociados a animales extinguidos, el primer contexto cultural prehistórico estaba caracterizado por:

- Cráneos dolicocefalos, deformados circulares o pseudo circulares;
- puntas de proyectil bifaces, de formas lanceoladas o amigdaloides;
- piedras con numerosas facetas (núcleos ?)
- molinos planos y manos;
- percutores, martillos, raspadores;
- falta de alfarería;
- hacha de piedra pulida sin surco (?).

Con excepción del último elemento de la lista, en la descripción anterior es fácil reconocer la cultura de Ayampitín, cuya trascendencia en la Arqueología de Córdoba y del N.O. Argentino es innegable y que, en Intihuasi, constituye el nivel de ocupación más antiguo. Sin embargo, se necesitaron 55 años para volver a individualizarla y darle toda la importancia que realmente merecía.

Pero eso no es todo, Ameghino vió y consignó el hecho de que se trataba de un nivel claramente precerámico. Este hecho resalta aún más cuando, en trabajos recientes, vale decir posteriores a 1930 y debidos a los más destacados arqueólogos de nuestro tiempo, de los que ocuparon las más altas jerarquías dentro de la disciplina, no se advirtió, cuando hallaron esos restos en el terreno, que estaban frente a culturas de ese tipo. Más aún, cuando alguien formuló determinada observación al respecto y la presentó en alguna publicación, le negaron toda importancia. Pero el valor de las observaciones de Ameghino no se funda en ese hecho aislado, define, también muy claramente el contenido más reciente de las culturas cerámicas, superpuestas a la anterior.

Ameghino repite estos conceptos en su trabajo de 1889 (Ameghino, 1889). Al primer contexto le asigna una edad Mesolítica y define el nivel geológico de donde procede (op. cit., p. 53). Al referirse a los niveles culturales más recientes nos dice que contienen "...una asombrosa cantidad de alfarería de forma variadísima, pero toda quebrada, siendo así absolutamente imposible confundir estos paraderos con el más antiguo". Sin embargo fueron confundidos durante 55 años y el conjunto de sus restos rotulado con el nombre de los indígenas que en épocas históricas poblaron la serranía. Ameghino da una lista de los mamíferos asociados a esa industria prehistórica, entre los que se debe hacer notar, la existencia de dos especies (*Equus reitidens* y *Mylodon*), hasta ahora no halladas en asociación al típico Ayampitiniense; en cambio, basado en la presencia de un *Bulimus* y de otros elementos que no especifica, expresa: "Todo induce a creer que el depósito data de una época en que el clima era allí más húmedo, más cálido y con vastas arboledas". Creo que a excepción del último detalle, no podrían definirse de manera más sintética y clara las con-

clusiones que en el capítulo respectivo se dedican en el presente trabajo a las condiciones ambientales de la cultura más antigua que pobló la gruta de Intihuasi, la misma que Ameghino identificó en el Observatorio Astronómico.

El primer trabajo de conjunto sobre la arqueología de las Sierras Centrales, excelente para su época, fue la bien conocida monografía de Outes titulada: "Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba", aparecido en la Revista del Museo de La Plata (Outes 1911). En ella Outes revela un sentido histórico que supera a la gran mayoría de los trabajos de conjunto publicados posteriormente.

Outes trató de dividir, en forma cronológica, los diversos hallazgos y de colocarlos en su debida secuencia. Contrariamente a su actitud posterior de exclusivo investigador de gabinete, trató de recorrer los sitios claves y estudiar su estratigrafía geológica. Para la interpretación de los pueblos históricos acudió a las fuentes documentales, haciendo cuidadosa exégesis de las mismas. Describió luego, escrupulosamente, el material arqueológico de colecciones diversas.

Posteriores a los trabajos de Outes, son los del Dr. Alfredo Castellanos. Su interés primordial estuvo concentrado en los vestigios del hombre prehistórico y en el estudio de la estratigrafía geológica. Su bibliografía abarca varias contribuciones (1918; 1933; 1943) entre las que cabe mencionar, una valiosa síntesis de los sitios arqueológicos donde se efectuaron los hallazgos a que se atribuye mayor antigüedad. Esa síntesis (1933) va acompañada por una cuidadosa descripción de los perfiles geológicos respectivos, de gran valor en la actualidad, ya que muchos de esos lugares, debido al progreso edilicio de la ciudad de Córdoba, no permiten hoy esa clase de observaciones. Posteriormente, Castellanos ha descrito hallazgos de interés, tales como el de la gruta de Candonga y otros.

Paralelamente a esos estudios se publicaron algunas monografías destinadas a describir diversos elementos arqueológicos, tales como las figuras antropomorfas descritas por la Sra. Wyler de Castellanos (1924) o la de Frenguelli sobre temas diversos (1923; 1927; 1933).

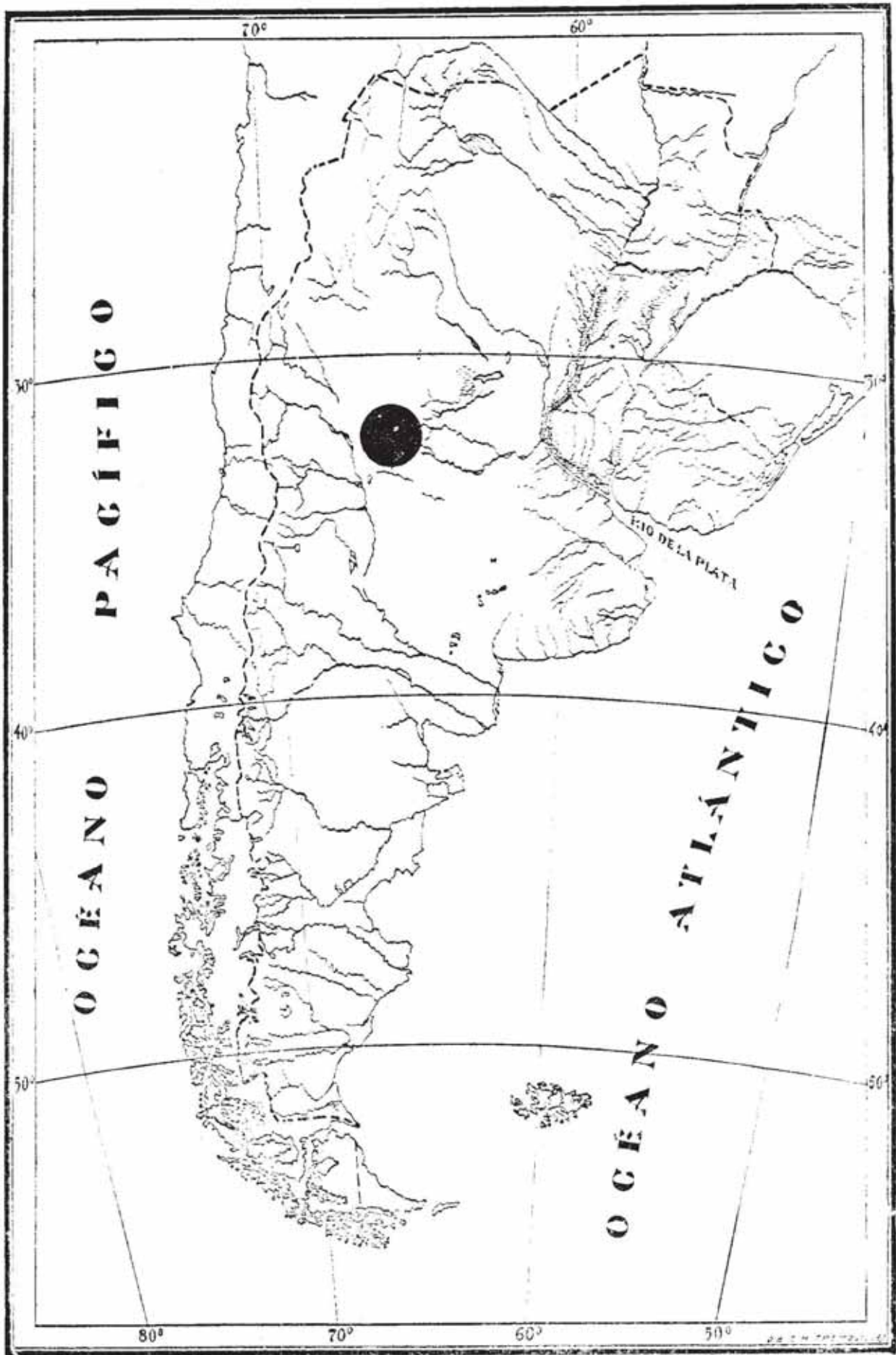


FIG. 1. — Situación de Intihualsi en la República Argentina.

Durante un lapso que abarca algo más de dos décadas, a partir de 1925 aproximadamente, los estudios arqueológicos se orientan fundamentalmente hacia la descripción de piezas de colecciones particulares obtenidas por compra o de hallazgos aislados, pero el mayor esfuerzo de la investigación estuvo orientado hacia la exégesis de las crónicas y documentos históricos. La interpretación de la historia cultural del pasado de las Sierras, se busca en los documentos históricos más que aplicando estrictos métodos arqueológicos. La base fundamental de este enfoque radica en la escasa antigüedad que la mayoría de los arqueólogos atribuye a los restos que se encuentran en las Sierras Centrales. No cabe duda, el conocimiento de las fuentes escritas alcanzó en esta época su máximo desarrollo, pero, paradójicamente, se resintió el conocimiento de la perspectiva histórica de las secuencias culturales habidas en la serranía. Esta circunstancia no es un hecho aislado en la historia de los estudios arqueológicos argentinos. Lo mismo ocurrió en los estudios del N.O. y el litoral.

En el N.O. se describieron como diaguitas todos los elementos hallados dentro de esa área, sin discriminación de contextos ni perspectiva temporal de ninguna clase. En las Sierras Centrales los restos hallados eran clasificados como "Comechingones" y bajo este rótulo se describían inclusive, los elementos de las culturas precerámicas más antiguas. En una síntesis cultural sobre San Luis se describen cuatro culturas distintas, todas fundamentalmente sincrónicas (Vignati 1936).

Durante todo este período la investigación arqueológica se caracteriza por la aplicación de un método cuyas bases esenciales serían:

- a) Gran énfasis en el análisis y síntesis de los documentos históricos.
- b) Los especímenes arqueológicos que se describen proceden de colecciones privadas o son obtenidos por compra, en su gran mayoría.
- c) La clasificación de los especímenes se hace con el criterio predominante de la función a que estaban destinados y en grandes grupos: puntas de proyectil, raspadores, etc. No existe, pues, la discriminación o la separación tipológica del material por sitios.

Domina el interés por el aspecto funcional individual de las piezas, más que por el aspecto contextual. (A este respecto son bien conocidos los numerosos trabajos que se han producido sobre los "hornos de tierra"; los morteros cupuliformes, etc.).

- d) La labor de campaña desplegada fue, salvo excepciones, muy pobre o inexistente y la técnica empleada extraordinariamente deficiente.
- e) Se trata de interpretar la mayor parte de los restos hallados basándose en la información histórica.
- f) La idea de contexto cultural prácticamente no existe en este momento, ni se busca. Lo mismo sucede con la secuencia histórica de las culturas aborígenes. Por lo tanto, no se aplican los métodos conducentes a descubrir la sucesión histórica de las culturas, tales como la estratigrafía, la agrupación tipológica por sitios etc. Siendo mal conocidas las secuencias de las culturas locales, mal se podían establecer vinculaciones a distancia o plantear correctamente el problema de los orígenes y desplazamientos étnicos y culturales.

Las contribuciones más importantes de este período se deben a Aparicio y Serrano en Córdoba; a Vignati y Greslebin en San Luis.

Aparicio realizó repetidas excursiones a los yacimientos serranos de Córdoba y logró formar, al parecer, una respetable colección arqueológica que, por desgracia no fue descripta en detalle y sólo se ilustraron piezas aisladas, en diversos artículos. La bibliografía de Aparicio sobre Córdoba y San Luis es numerosa (1925 a; 1925 b; 1926-1928; 1931; 1932 b; 1932 c; 1935; 1942; 1946). Muchos de ellos tratan de hallazgos de elementos aislados, como silos, petroglifos, etc. Otros se refieren a interpretaciones específicas de datos aportados por fuentes escritas. Por ejemplo el que se refiere a las viviendas de los Comechingones (1925 b). Aparicio interpretó que los cronistas describían como habitación de este pueblo los numerosos abrigos bajo roca existentes en la serranía, en vez de la casa-pozó. Los trabajos posteriores de Aparicio estuvieron destinados a la exégesis de los documentos escritos (1946).

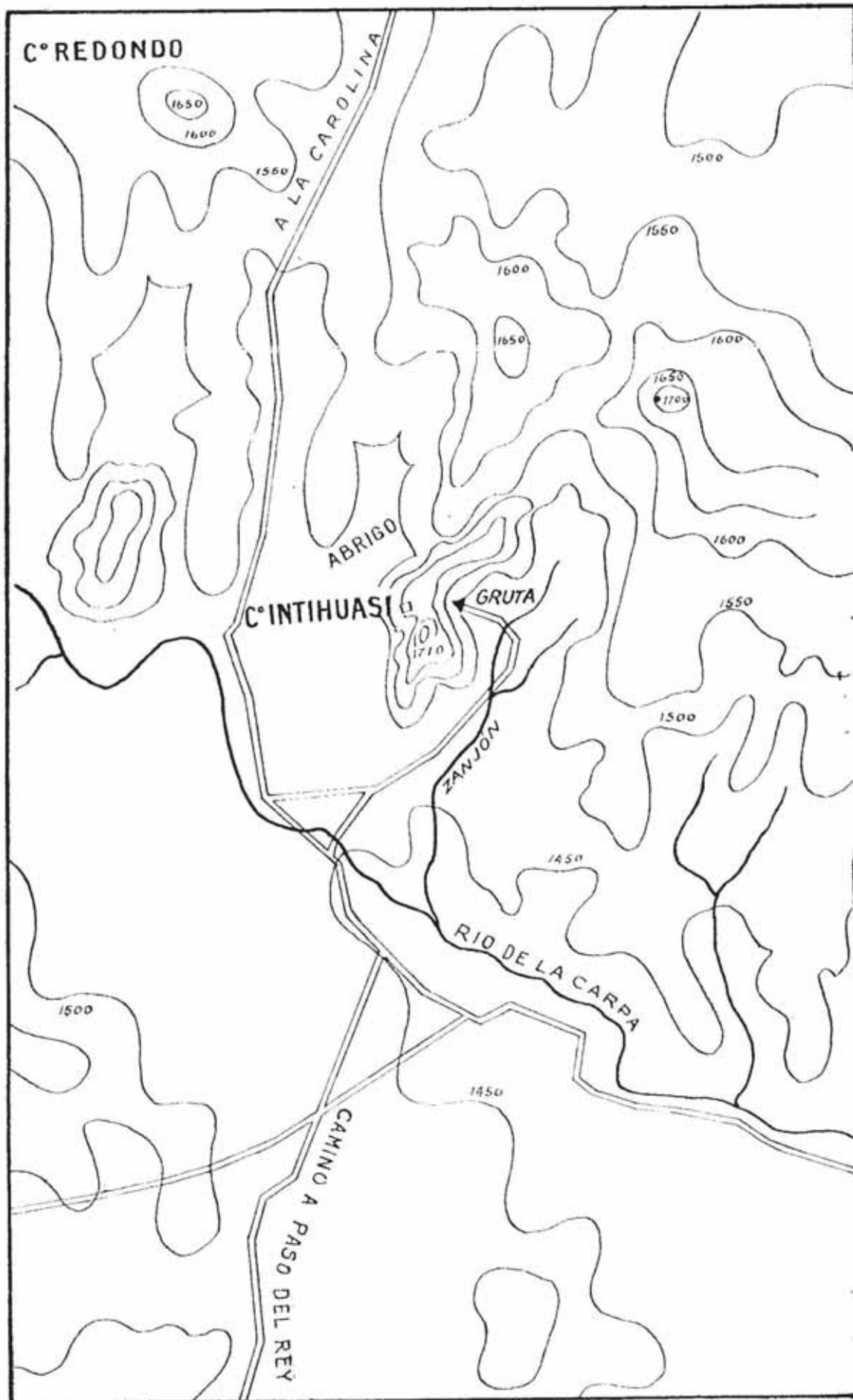


FIG. 2. -- Ubicación del Cerro de Intihuasi, con la gruta y el abrigo situado al O.

Muy importantes contribuciones a la etno-historia de las Sierras Centrales, fueron las aportadas en diversas épocas por Monseñor Cabrera, quien exhumó importantes documentos del Archivo Histórico de Córdoba (Cabrera 1910; 1929; 1930; 1931 1932; 1933), iniciando toda una etapa de esta clase de investigaciones que aún puede rendir sabrosos frutos.

La obra de conjunto más reciente sobre la misma región es la de Serrano (Serrano 1945). Allí se proporciona una buena síntesis de todas las fuentes históricas conocidas y se describe gran cantidad de materiales arqueológicos procedentes de la serranía. Otros trabajos de este autor estudian aspectos especializados de la arqueología de Córdoba, tales como la clasificación tipológica de las estatuillas de barro cocido (1944).

Uno de los trabajos de campaña más importante que se hayan realizado en Córdoba fué el relevamiento de las pictografías del Cerro Colorado, llevado a cabo por Gardner (1931 b). Este autor describió también otros sitios con pictografías (1930) y se ocupó, con gran escrupulosidad, de aspectos de la técnica indígena tales como la fabricación de redes y de la alfarería (1919; 1931 a). El estudio de las pictografías del Cerro Colorado y vecindades ha sido completado recientemente por Absjörn Pedersen, en un concienzudo y paciente trabajo, aún inédito.

En los últimos veinte años se han descrito numerosos sitios arqueológicos de las serranías. Frenguelli y Aparicio dieron a conocer los hallazgos a orillas de Mar Chiquita (1932 c); Aparicio, los de la Laguna de Los Porongos (1942); de Nimo, el más importante yacimiento de Yucat (1946); de Oliva, en Pozo de las Ollas La Sal (1947); y Villegas Basavilbasso (1943), los del lago del Río Tercero.

Nosotros nos propusimos, desde que iniciamos nuestras investigaciones, dar a conocer la mayor cantidad posible de sitios, dejando de lado las generalizaciones prematuras. Describimos así, los yacimientos de Rumipal (1943 a), Soto (1943 d), Olaen (1949), Ayampitín (1952) y Ongamira (1943 c). Este último lo habíamos excavado en compañía de Montes (1943), iniciando allí el primer intento de extracción estratigráfica, señalando su carácter precerámico y la importancia

que el mismo podía tener. Esas excavaciones fueron ampliadas posteriormente, en compañía de Menghin (1954). A la iniciativa de Montes se deben también los trabajos realizados en Olaen y los hallazgos de la gruta de Candonga. A este autor debemos también importantes observaciones sobre la estratigrafía geológica de Córdoba y sus relaciones con los estudios prehistóricos (1954; 1955 a; 1957 b), un importante estudio sobre la toponimia autóctona (1956, a; 1957, a) y otras contribuciones sobre las primeras etapas de la conquista y colonización de Córdoba (1956, b y San Luis (1955, b).

En cuanto a la historia en los estudios arqueológicos de la provincia de San Luis, Vignati ha reseñado y comentado todos los antecedentes conocidos (1940, b; 1941, a). Para los mismos pueden aplicarse, en términos generales, las observaciones críticas de método que hemos resumido para los estudios arqueológicos de Córdoba.

Examinados en general esos trabajos, vemos que la mayoría trata de la descripción de piezas aisladas o sin procedencia exacta, a las que en ningún momento se trata de vincular a otros elementos que pudieran estar en relación con ellos, por razones de asociación y de vínculo contextual. Cuando se han descrito yacimientos múltiples, se ha dado la descripción del conjunto de los restos sin separarlos por sitios; evitando así toda posibilidad de discriminación cronológica, y aún espacial de los patrimonios. Cuando se han hecho síntesis generales, en las que se incluyen restos arqueológicos de San Luis, estas síntesis han resultado una extraña y curiosa mezcla de referencias correspondientes a restos de épocas, a todas luces distintas y de patrimonios diversos.

Acerca de los objetos descritos aisladamente, se polemiza con violencia sobre el valor funcional de cada caso particular —ejemplo típico el de los morteros de roca y los "hornos de tierra"— sin que en ningún momento asome un mínimo interés por las relaciones contextuales o la ubicación temporal que a dichos restos pudieran corresponderles.

Formando parte de la primera época de la investigación arqueológica, se cita gran cantidad de nombres. En la mayoría de los casos se trata de trabajos cuyo único valor concierne a la historia

de la arqueología, a la anécdota o a la simple recopilación erudita. En unos pocos casos encontramos, sin embargo, referencias útiles. Strobel y Gigliolli (Strobel, 1867), describieron una cierta cantidad de piezas sueltas; a Avé Lallemand debemos las primeras observaciones sobre el terreno; a Llerena, el haber atraído la atención sobre los "hornos de tierra" (Llerena, 1881). Gez (Gez, 1916, p. 22) hace notar por primera vez la falta de alfarería en algunos yacimientos, importante detalle que pasó, incomprensiblemente desapercibido después a arqueólogos profesionales, con largos años de dedicación a la materia.

La enumeración de los trabajos arqueológicos de San Luis, hechos con más rigor científico, comienza con las descripciones que nos proporcionó Outes (Outes, 1923) apoyándose en los materiales que le facilitó Delatang. Precede a esa descripción un corto resumen de antecedentes, donde se mencionan las referencias de Strobel, Burmeister, Ameghino, Llerena, Gez, Greslebin, etc.

El material muy bien descrito por Outes, está compuesto por una veintena de piezas. Outes se refiere también a los clásicos hogares de la provincia de San Luis. Los objetos descriptos proceden de diferentes yacimientos, situados en Las Salinas, Las Chimbas, Las Botijas y Balde de Azurra. Es indudable que se trata de una serie de especímenes pertenecientes a épocas muy diferentes.

El arquitecto Greslebin ha publicado una serie de artículos relacionados con la arqueología sanluisense (Greslebin, 1924; 1928 a; 1928 b; 1928-1930; 1931-1932. El primero de estos trabajos se refiere a la región de Sayape, situada al Sur de Villa Mercedes. Después de una serie de consideraciones fisiográficas, en la que se destaca la acción eólica reciente y la formación de médanos en la zona, Greslebin pasa a la información arqueológica.

Los hallazgos corresponden a los sitios donde el viento ha realizado intenso trabajo de erosión, los típicos "blow out" de los arqueólogos norteamericanos. El autor menciona el hallazgo de industria en quince parajes diferentes (p. 11). En cuatro de estos lugares aparece cerámica. Greslebin hizo un esquema topográfico con la ubicación de los lugares y es verdaderamente de lamentar que no nos diera una descripción completa

sobre cada sitio y los materiales obtenidos en ellos. Menciona únicamente los lugares principales y el número total de piezas obtenidas en cada uno, como El Socavón, Las Lagunitas, etc. Sólo se detuvo en mayores detalles al referirse al médano del Aguila, en el que halló más de 50 piezas, entre ellas yunques, manos de conanas de caras convergentes, martillos y una conana (metate) (p. 14). En la figura 22 ilustró ejemplares líticos de este lugar. Se trata sobre todo de puntas triangulares sin pedúnculo, algunas de ellas algo escotadas. Parecería que existen también, raspadores microlíticos. En general esta industria corresponde probablemente a los niveles precerámicos más recientes de Intihuasi, excepción hecha de los punzones y raspadores. Junto a estos restos se hallaron huesos de megaterio, que el autor cree contemporáneos de restos culturales. Se refiere luego al yacimiento de Las Lagunitas donde se repite la misma serie de asociaciones pero aquí lamentablemente, no ilustra los restos industriales, limitándose a decir que se trata de 24 fragmentos muy "primitivamente trabajados": un fragmento de conana y uno de una manito (p. 19).

Se ha puesto en duda la contemporaneidad de los restos de megaterio y la industria humana afirmada por Greslebin. En efecto, de acuerdo con los resultados obtenidos en Intihuasi, es muy claro que la industria del Aguila es relativamente tardía y no contemporánea de especies extinguidas. Esto no significa que las industrias más antiguas de Intihuasi (el complejo Ayampitín), no pudieran haber llegado a la zona de San Luis uno o dos milenios antes de la fecha más antigua en que se los halló en aquella caverna y que pudieran, por lo tanto, haber sido contemporáneos de la fauna pampeana extinta. De cualquier manera estimamos que sería interesante volver sobre el problema y realizar estudios metódicos en la misma zona de Sayape.

En los trabajos restantes de Greslebin, el de mayor importancia para nosotros es el que se refiere especialmente a la gruta y zona de Intihuasi (Greslebin 1928 b) trabajo que comentamos más adelante. En otro de sus trabajos (Greslebin 1928 a) describe minuciosamente una serie de las clásicas "botijas" u "hogares" de San Luis, apuntando algunos detalles de interés, entre ellos, el hecho

de que no cree posible atribuir estos restos a los mismos portadores de las culturas que se encuentran en las etapas recientes, evidenciando pues un comienzo de inquietud por los elementos culturales que pueden vincularse o asociarse a esos restos. Esta asociación es fundamental en la solución del problema y anterior a toda interpretación funcional parcial del mismo.

En 1925 Aparicio hizo una excursión a San Luis y recorrió la zona próxima a San Francisco del Monte de Oro. En su relato de viaje (Aparicio 1926-1928) hace notar que faltan restos de "construcciones antiguas", cementerios y viviendas (p. 453) Halló sólo "paraderos" y visitó tres abrigos con huellas de ocupación humana (p. 456). En este trabajo no se dan descripciones en detalle de los materiales ni se puntualizan las diferencias que pudieran existir entre las diferentes industrias encontradas. Su interés primordial parecería estar en las pinturas rupestres. También visitó Intihuasi y a esa visita nos referimos en la parte pertinente.

En los últimos veinte años, la publicación sobre actividades arqueológicas en San Luis se debe especialmente a Milciades A. Vignati, quien, por razones diversas, hizo de la provincia de San Luis el principal centro de sus actividades militantes. Los trabajos publicados son numerosos (Vignati 1928; 1931 a; 1931 b; 1935; 1936 a; 1936 b; 1936 c; 1937 a; 1937 b; 1930-1931; 1939; 1940 a; 1940 b; 1941 a; 1941 b; 1944; 1951). En general se trata de cortos informes oficiales de sus actividades (1937 a; 1940 a; 1941 b; 1944) o bien de la descripción de piezas aisladas, tales como placas grabadas (1930-1931; 1951) o botones labiales (1931 b) y de la discusión sobre el valor *funcional individual* de determinados artefactos (1928; 1931 a). En otros de sus trabajos se mencionan numerosos lugares arqueológicos, de

los cuales el único estudio hecho con cierto detalle, parece referirse a las pictografías encontradas en los mismos. Excepcionalmente, se describen o mencionan algunas piezas arqueológicas halladas (1936 a; 1936 b; 1941; 1944). Es de lamentar que no se realizara esta última tarea sobre los materiales recogidos en cada yacimiento pues, con seguridad, habrían podido establecerse diferencias en la tipología del material hallado y, por ende, en la cronología de los mismos. En un trabajo de índole general sobre los indígenas de la pampa, el mismo autor ilustra y se refiere a elementos arqueológicos típicos de San Luis (Vignati 1939).

La mención de numerosos sitios arqueológicos visitados por el autor puede ser de utilidad para quienes realicen las futuras tareas de excavación. Vignati visitó repetidas veces Intihuasi, dejándonos su opinión definitiva sobre ese yacimiento, opinión que comentamos más adelante.

Oscar Manito (Manito, 1938), dió una descripción bastante completa sobre un yacimiento arqueológico hallado en las márgenes del Río Quinto. Su trabajo es uno de los pocos —pese a los reparos que se le pueden formular— en que los materiales de un único yacimiento, son descritos e ilustrados en su totalidad. Además tiene el interés de hacernos conocer un sitio de ocupación reciente que puede ser un jalón cronológico importante en el establecimiento de futuras secuencias.

Guiñazú (Guiñazú 1936 a; 1936 b), nos ha dejado la mejor descripción que tenemos sobre los "hornos de tierra", junto con la posición estratigráfica de los mismos y algunos interesantes perfiles geológicos. Más adelante volveremos a referirnos a estos trabajos. Por último hay que mencionar, entre los artículos de resumen, el de Gordon Willey sobre la arqueología de la Pampa (Willey 1946).

III. LA GRUTA DE INTIHUASI

A) EL MEDIO NATURAL.

Intihuasi se halla en el Departamento de Coronel Pringles a 72 Km. al N.E. de la ciudad capital de la provincia.

No puede ser más adusto el paisaje que rodea el

cerro y sus zonas aledañas, con sus vallecitos pedregados, apenas cubiertos por el tapiz chato de gramineas duras, que lo revisten de matices amarillentos durante los meses invernales y verdoso durante la primavera y el verano. Interrumpen la suave monotonía de esos pequeños trechos llanos,

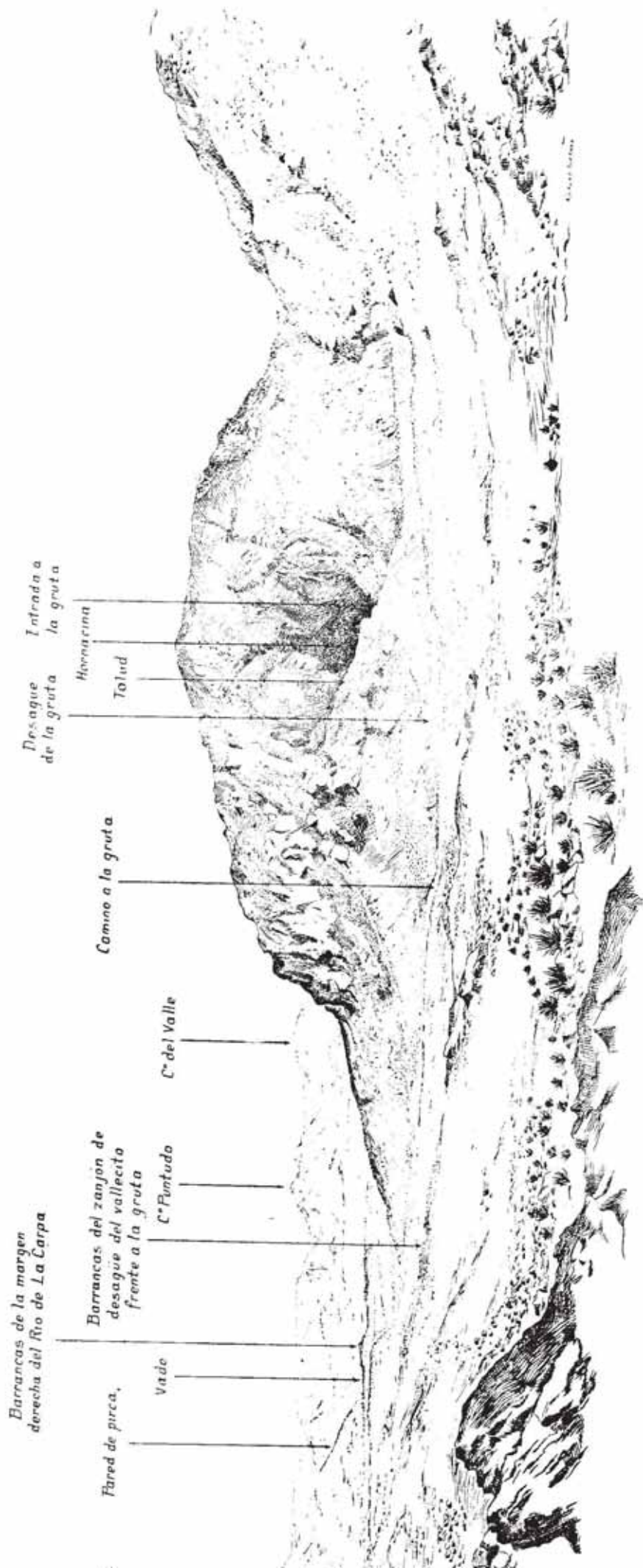


FIG. 3. — Vista panorámica del cerro de Intihuasi y alrededores. (Dibujo de M. A. Moreno Kierman).

las masas grises e imponentes de los cerros vecinos, curiosamente cribadas por oquedades milenarias, que agrandan la tristeza del contorno con su desolado aspecto. Nada interrumpe la suavidad de las líneas, la monotomía del paisaje sin aristas violentas, sin contrastes de colorido, de quieta permanencia. Sólo de cuando en cuando, algunos grupos solitarios de álamos indican la esporádica presencia de las poblaciones rurales, magras como el resto del ambiente, con el mismo espíritu de secular tristeza y aislamiento".

Frente a la gruta se abre un pequeño vallecito, bien delimitado por el cerro de Intihuasi, apenas definido por algunas ondulaciones en el lado opuesto. (Fig. 5). El fondo de este vallecito está relleno por sedimentos de loess pampeano y depósitos holocenos, los que no alcanzan mucha potencia, ya que según puede verse en la fotografía indicada, la roca madre aflora a cada paso en crestas oblicuas y salientes. Estos sedimentos loésicos están cortados por las barrancas de un profundo zanjón que recoge las aguas, especialmente las que proporciona la vertiente que nace al pie mismo de la gruta. Este zanjón, habitualmente de magro caudal va a engrosar el río de La Carpa, a poco más de 1 Km. hacia el S. (Fig. 3).

La geografía señala las vías de acceso, la ruta de los orígenes e intercambios culturales. En este último aspecto Intihuasi juega un papel muy importante, ya que presenta una ubicación geográfica excepcional.

Las Sierras Centrales marcan la transición entre las culturas agro-alfareras del N.O. argentino y las de cazadores de pampa-patagonia. Dentro de las Sierras Centrales, Intihuasi ocupa una posición austral, casi en los límites de ésta. Era de esperar, pues, que esta posición marginal hubiera influido sensiblemente en la naturaleza de las culturas que la habitaron. Dos posibilidades pudieron presentarse en esta circunstancia: bien una gran mezcla de elementos culturales diferentes, bien la presencia de culturas atrasadas, arrinconadas progresivamente por el empuje de culturas con mayor fuerza dinámica. Todo induce a suponer que estamos en presencia de este último caso. En efecto, el examen del patrimonio de las culturas que habitaron la gruta, demuestra que no existió estrecha relación con las culturas patagónicas sino que

existieron relaciones específicas con culturas primitivas de la provincia de Córdoba, las que a su vez representan, con toda probabilidad, relictos de culturas desplazadas del N.O. argentino por empuje de otros pueblos cazadores o bien, en determinado momento, por las culturas más avanzadas de tipo agro-alfarero.

Salvo algunos elementos que señalaremos oportunamente, no aparece en la gruta, por ejemplo, la tradición de puntas de proyectil pedunculadas tan característica de la Patagonia. En su recorrido hacia el sur esa tradición no pasó por las Sierras Centrales. Debió seguir el camino de la precordillera de San Juan o bien proceder de las llanuras uruguayas.

Las distintas culturas de Intihuasi presentan, así mismo, vinculaciones con las de la zona del S. de Mendoza y Neuquén, por un lado y con el S. de la provincia de Bs. As. por el otro. La primera de estas vinculaciones debió efectuarse a través de la ruta del río Desaguadero, el que brindaba con su continuación el Salado y finalmente el Colorado, y con sus afluentes: el Diamante y el Tunuyán, amplias vías de acceso hacia la zona pre-cordillerana y las planicies de la zona de la Pampa y Río Negro.

Por otra parte, el río Quinto, aunque de corto recorrido, vincula el corazón de las sierras, con el centro de las llanuras del Sur de Córdoba próximas a los límites de las actuales provincias de Santa Fe y Buenos Aires, por medio de los afluentes que lo originan. El intercambio y la intercomunicación de las tribus, dentro de las Sierras Centrales, debió ser muy activo. Los amplios valles existentes, dirigidos por lo general de N. a S., debieron ser las rutas naturales por donde estos etnos transitaban libremente.

Habría que buscar hacia el N. de las Sierras Centrales, en los llanos del S. de La Rioja, o en Santiago del Estero, el lógico camino que debieron seguir en sus traslados desde el N.O., las diferentes culturas que dejaron sus restos en las capas de Intihuasi.

1. OROGRAFÍA.

El cerro de Intihuasi, donde se encuentra situada la gruta, objeto principal de este trabajo, per-

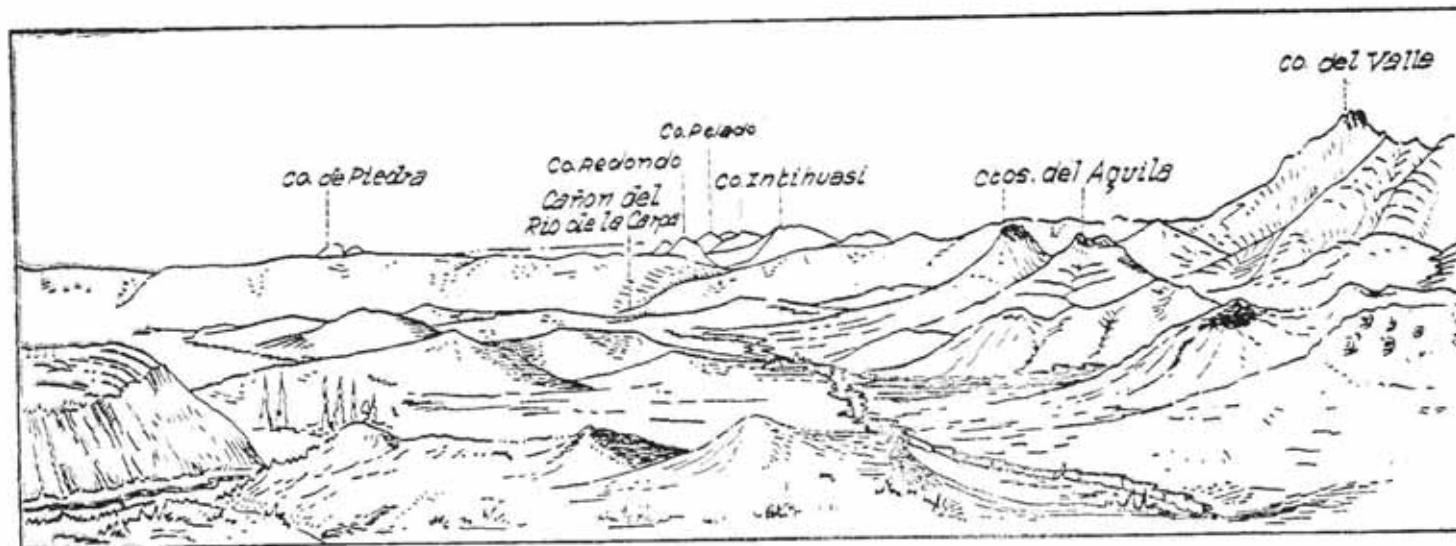


FIG. 4. — Cuenca de embocara del río de la Carga. (Tomado de Bassi 1948, Fig. 2).

tence al núcleo fundamental de las sierras de San Luis, en medio de las cuales se halla enclavada. Las sierras de San Luis ocupan todo el ángulo N. E. de la provincia de su mismo nombre, formando una especie de triángulo, uno de cuyos lados, el que lleva dirección N. S., el más recto, lo determina la Sierra de Comechingones, límite político que la separa de la provincia de Córdoba. El lado sud de este triángulo está formado por los contrafuertes y cadenas desprendidos de la parte central de la serranía, que van a morir en elevaciones de decreciente altura, en una línea que cae algo más abajo de la recta trazada desde la capital de la provincia a San José del Morro. El lado N. O. del triángulo antes mencionado es el menos definido, ya que afecta la forma de una amplia curva cuyos extremos aproximados serían, por un lado la ciudad de San Luis y por otro Villa Dolores, en la provincia de Córdoba. Este lado occidental culmina en cerros de alturas relativamente considerables, que pertenecen al basamento cristalino. Entre ellos se encuentran, considerando de S. a N., el Barroso, 1925 m.; el Monigote, 2.150 m.; el Blanco, 1.730 m.; la Esquina, 1.545 m.; la Majada, 1.500 m.; las Cañas, 1.641 m. etc. La pendiente del faldeo occidental como en la mayoría de las sierras pampeanas, es muy abrupta, dejando sólo algunas quebradas profundas por donde corren los ríos que llevan sus cauces hacia el N. Por las principales escapan los

ríos Claro y Curtiembre, que se juntan con el río San Francisco y la de los ríos Juan Gómez, Majada y Luján, que se internan profundamente en el bloque montañoso (Feruglio, 1946 p. 402). Al pie de la Sierra, siempre sobre este lado N. occidental, se extiende el valle y la zona de San Francisco y, en último término, la cadena de la sierra de Socosora.

Sobre el límite oriental, la Sierra de Comechingones presenta un lado bien definido, al pie del cual se halla el valle de Concarán, por cuyo fondo corre el río Conlara que busca su salida hacia el N. desplazado, en parte, por los mismos contrafuertes que se desprenden de la cadena de Comechingones y por los conos de deyección que, situados al pie de ésta, forman la sierra de Estanzuela, al O. de Naschel.

Siempre sobre este lado oriental, la sierra puntana parece alejarse de la de Comechingones, formando una llanura abierta hacia la pampa del río Quinto, en medio de la cual se levantan algunos crestones de rocas cristalinas cuya altura oscila entre algunas decenas de metros y poco más de 200 m. Son estas las llamadas sierras de San Felipe, de Carrizal y Tilisarao que cierran el paso al río Conlara obligándolo, finalmente, a doblar hacia el N. (Feruglio, op. cit., p. 399).

El ángulo sudoriental de este macizo serrano está formado por las sierras del Morro y de Yulito, pertenecientes, esencialmente, al macizo cris-

talino, que no se elevan a más de 200 m. sobre el nivel del llano circundante. Sobre el extremo Boreal se alza el cerro del Morro, con su aspecto de cono truncado y su borde anular que alcanza un diámetro de 4 km. En el fondo de este cono se hallan los vestigios de la brecha volcánica producida por las erupciones del finis del terciario.

El Cerro del Morro, última avanzada de la Serranía, que elevándose ya casi en la llanura, debió desempeñar un importante papel en los movimientos tectónicos de las diversas épocas prehistóricas y protohistóricas. La exploración arqueológica de estos lugares debe deparar, seguramente, interesantes resultados.

El cerro de Intihuasi se halla en la zona central del macizo serrano que hemos delimitado y forma parte de los tres grupos de cerros andesíticos que se sobreponen a la penillanura del macizo cristalino como consecuencia de las efusiones volcánicas terciarias. Estos tres grupos son: al E. del Monigote, los cerros de La Carolina que culminan en los 2.018 m, el cerro Tomolasta por un lado y el grupo de los Cerros del Rosario y de los Apóstoles (1.450 m) por otro. Entre ambos extremos se alzan las cúpulas de los cerros volcánicos, entre los que se encuentran el cerro del Valle de 1.890 m, el Sololosta de 1.795 m, y el Intihuasi cuya cumbre se eleva a 1.715 m. s. n. m. Estos cerros volcánicos "se extienden sobre una línea de fractura de dirección general N.O. S.E. que ha facilitado la efusión de sus productos" (Pastore y González, 1954, p. 10). Esta línea de fractura, extendida desde los cerros de La Caro-

lina a los cerros del Rosario, mide aproximadamente unos 50 Km. Alternan con el paisaje suavemente quebrado de los cerros del macizo cristalino y de los domos sobrepuestos de la serie volcánica ya descrita, valles intermontanos y pampas elevadas; entre los primeros, podría mencionarse el valle de San Francisco entre los segundos, de más importancia por su extensión, pueden citarse las pampas situadas al N.E. y S.O. del pueblo de La Carolina, tales como la pampa de Las Invernadas y la de Gasparillo, de 1.750 m., y 1.800 m. de altura respectivamente; la Pampa del Bajo, al N.E. de Las Chacras a 1.200 m.; Taruca Pampa al N.E. de Vuelta del Río a 1.400 m. y la pampa originada por el gran desarrollo de sedimentos cuaternarios en los ríos San Pedro y del Cerro Negro, que se extienden por un largo de más de 20 Km y un ancho que sobrepasa los 10 Km., en la región de Bella Vista. Además de éstas existen otras pampas elevadas de extensión mucho más reducida. (Pastore y González, 1954, p. 11).

Fuera del núcleo de las sierras de San Luis, que nos interesan específicamente por hallarse Intihuasi comprendido dentro de ellas, es necesario señalar que hacia el O. se extiende, desde el pie de la sierra, una extensa planicie de cuenca cerrada, cubierta de depósitos cuaternarios, cuyos esporádicos cursos de agua van a morir, por el N., en la pampa de Las Salinas del B. bedero (380 m.). Estos llanos están delimitados al O. por lomas suaves, alargadas de N. a S. y compuestas de sedimentos continentales del terciario

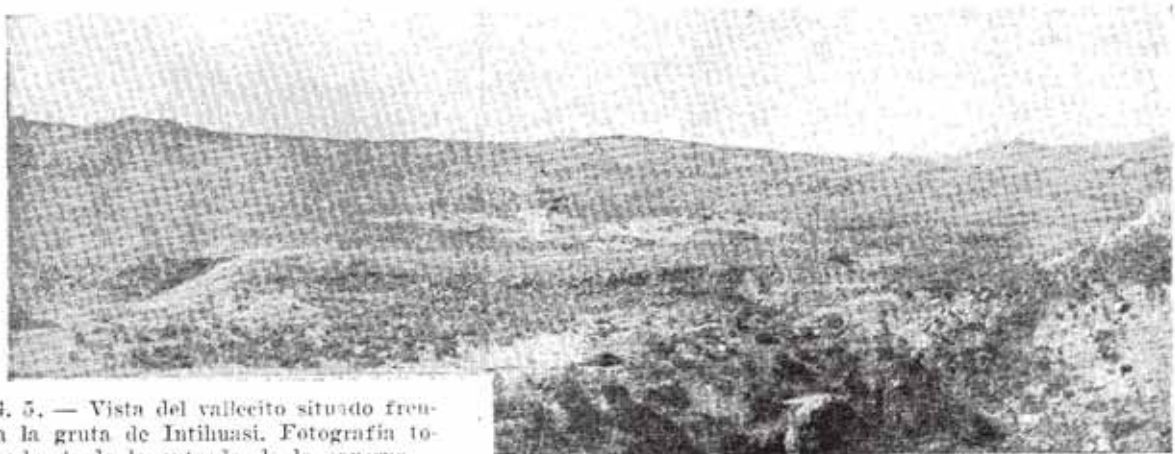


FIG. 5. — Vista del vallecito situado frente a la gruta de Intihuasi. Fotografía tomada desde la entrada de la caverna.

superior y eventualmente también más antiguos (Feruglio op. cit., p. 404). Las principales elevaciones son la de Alto Pencoso, Sierra del Gigante, que alcanzan una altura de 1.060 m. s.n.m. y sólo 400 m. sobre la planicie circundante. Más al N. se halla la Sierra de las Quijadas, las de Cantantal y de Guayaguas. Las primeras separan los llanos sanluisenos de la vertiente del Desaguadero y por ende, en su parte N., donde éste tuerce su curso hacia el S., de la zona de los bañados próximos a las lagunas de Guanacache. La importancia geo-étnica de esta zona es muy grande por haber sido habitada en el momento de la conquista por grupos interesantes, cuya área de influencia debió ser relativamente importante y dejar huellas arqueológicas numerosas. Desgraciadamente, salvo algunas noticias y descripciones de materiales hechas en conjunto y sin discriminación de procedencia por sitios, podemos afirmar que la investigación científica de esa zona no ha comenzado aún.

2. GEOMORFOLOGÍA.

Bassi resume la geomorfología del área dentro de la cual está comprendida el Cerro de Intihuasi (Bassi 1948, p. 7) de la manera siguiente "Se evidencia, como resultado de un ciclo morfológico inmediato anterior al actual, una *penillanura*, cuya edad es preterciaria. Su paisaje se conserva aún, con caracteres definidos, en la parte oriental del bloque que forma la sierra de San Luis. En efecto, dirigiéndose por el camino que parte de La Toma hacia La Carolina, los primeros kilómetros se hacen sobre la cubierta sedimentaria, para pasar luego insensiblemente a las estribaciones de la sierra; el otro constituye un paisaje maduro, de colinas bajas y de valles poco profundos y amplios. Las formas redondeadas del relieve lo delatan como pertenecientes a dicha *penillanura*, la que allí pudo conservarse hasta la actualidad gracias a la escasa actividad de los factores introducidos por el nuevo ciclo de erosión.

Pero, más hacia el oeste, estas condiciones se modifican paulatinamente ante el aumento progresivo del gradiente de la sierra. Mayor competencia de las corrientes profundizaron los amplios valles E.O. del sistema antiguo, y originaron nue-

vos valles siguiendo las líneas de drenaje, creadas por el movimiento diferencial de bloques de edad terciaria.

Las actuaciones de los movimientos correspondientes a la segunda y tercera fase andina han producido la fracturación del bloque primitivo (*penillanura*) con complicación de movimientos diferenciales de gran magnitud, como lo expresan las numerosas escarpadas presentes en todas las sierras pampeanas.

Por otra parte, es necesario considerar las fracturas N.S. motivadas por los mismos movimientos y la *gran fractura* N.O. S.E. (Fig. 6) (divisoria de aguas) que dio lugar al paso de las efusiones andesíticas y traquiandesíticas y que permitió el hundimiento del bloque sur originando de esta manera, una moderna red de drenaje con rumbo N.S. (que aprovechó a menudo las fallas de igual rumbo) la que captó, parcial y a veces totalmente, las aguas del drenaje E.O. de la antigua *penillanura*.

En suma, en las áreas prominentes del relieve se asocian todas las formas creadas por los dos ciclos, proporcionando un *típico paisaje compuesto*. Así, los *isletes de penillanura*, relictos de su destrucción provocada por el *ascenso*, contrastan con las formas juveniles labradas por éste y aportadas también por las *efusiones terciarias*.

Un ejemplo, que se puede generalizar para toda la región, es la cuenca de cabecera del Río de La Carpa; los relictos de la *penillanura* están representados por los límites Este, Norte y Oeste del plano citado, relieve maduro que contrasta notablemente con las efusiones representadas por los Cerritos del Aguiña y el C° del Valle, los que proporcionan la pincelada juvenil al paisaje general. La erosión del centro de la cuenca (formada por rocas de menor competencia que la de los bordes) y los valles-en-valle (*valley-in-valley*), como la que se puede observar en el arroyo Lucero, nos hablan de los factores introducidos por el *ascenso* respecto del nivel de base de la *penillanura*. Este *ascenso* debe considerarse, geomorfológicamente, como una verdadera *interrupción del ciclo erosivo anterior*".

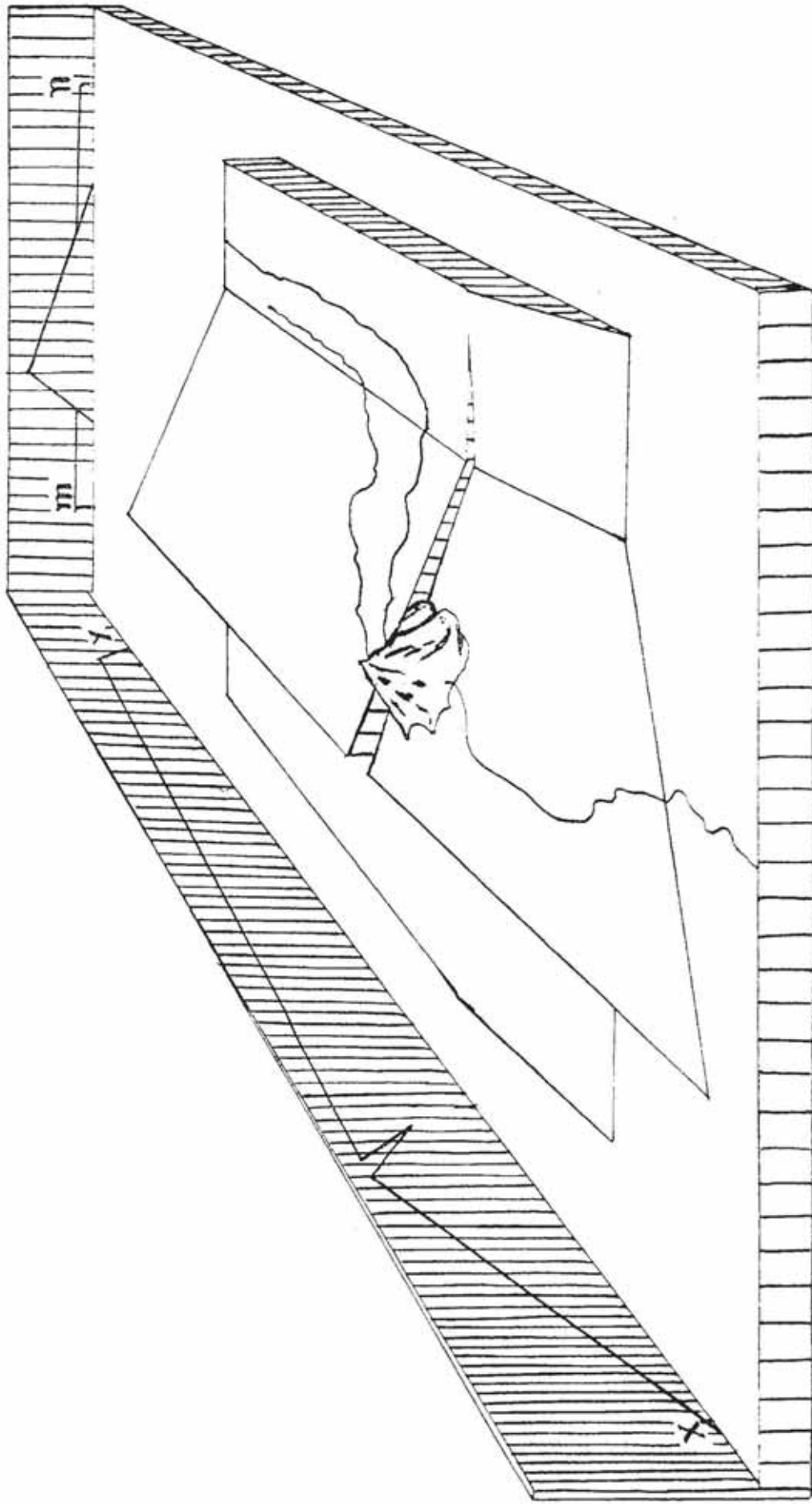


FIG. 6. — Estereograma de la Sierra de San Luis, (Tomado de Bassi, 1948, fig. 4).

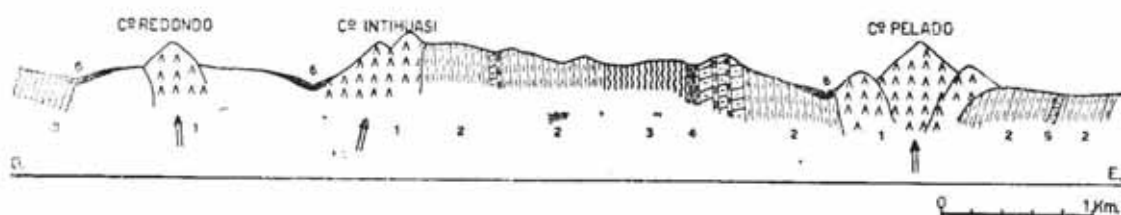


FIG. 7. — Perfil geológico de los cerros Redondo, Intihuasi y Pelado. 1, andesita; 2, gneis; micaesquistos; 3, micaesquitos; 4, anfíbolita; 5, pegmatita; 6, sedimentos recientes. (Tomado de Kittl, 1936, fig. 4, p. 387).

3. GEOLOGÍA.

El cerro de Intihuasi y el grupo de cerros vecinos deben su origen a la actividad volcánica terciaria. La edad de estas efusiones es considerada miocena (Kittl, 1936, p. 404) o pliocena (Kittl op. cit., p. 369). El magma aprovechó las grietas para salir después de haber vencido la resistencia de las rocas superficiales y las erupciones tuvieron lugar generalmente sin explosiones. Las efusiones originaron "domos" los que aparecen superficialmente aislados o a lo largo de una línea que indica la presencia de una grieta (op. cit., p. 369) (Fig. 7). Específicamente nos dice Kittl, que es quien ha estudiado los fenómenos de vulcanismo en San Luis: "El grupo de los cerros Sololosta-Intihuasi, está formado por varias protusiones que forman una línea de fractura desde el Cerro Sololosta hasta el cerro Intihuasi. En parte queda interrumpida la conexión por los depósitos aluviales del río de La Carpa, pero ella se manifiesta más claramente que en la línea Cerro del Valle-Cerro de Piedra". "El Sololosta se levanta sobre un basamento cristalino que consiste en micaesquistos inclinados 45° hacia el oeste, gneises inyectados o granitos aplastados o pegmatitas. El imponente cerro tiene, visto del este, la forma de un tronco de cono; investigándolo con más detención resulta que su forma es asimétrica, también el declive oriental es más abrupto que el occidental y muestra en esta ladera un contorno que recuerda los de una masa viscosa hinchada en su pie como si se hubiera co-

rrido un poco hacia abajo. Se trata sin duda de una cúpula de surgimiento; faltan manifestaciones de un cráter. La composición de la roca corresponde a una andesita, probablemente de alta viscosidad en el momento de protrusión (Kittl, op. cit., p. 385 y 386).

Como ya queda expresado existe una serie de grietas por donde ha escapado el material efusivo: "El Cerro Redondo y el grupo de cerros volcánicos, entre el primero, el cerro Intihuasi y el cerro situado inmediatamente al oeste de la estancia de Venancio Lucero pueden considerarse como orificios de este sistema de grietas. (Fig. 7). En este triángulo, se observa una especie de circo con restos de bordes de un cráter, probablemente destruido por explosiones. Además se encuentran aquí aglomerados volcánicos, tobas, etc. El cerro Redondo es una cúpula de forma cónica, pero es un domo de tapón. Su altura relativa es de 100 m. aproximadamente. La parte occidental del cerro Intihuasi es otro domo, probablemente de surgimiento o de tapón. Estas rocas consisten también en andesitas. Corrientes de lava no pude observar con seguridad" (op. cit., p. 386-387).

4. HIDROGRAFÍA.

La Sierra de San Luis, que hemos delimitado como una figura aproximadamente triangular, presenta su cuenca de desagüe orientada en la dirección fundamental de cada uno de los lados de dicho triángulo. Hacia el lado N.O., que coincide con el borde occidental de la sierra, se dirigen los

ríos de corriente temporaria y de cuenca endorreica, a la que pertenecen los ríos de San Francisco, de Luján y de Quines. El curso de estos ríos es reducido y el caudal temporario, por lo que no debieron ser vías de gran importancia en cuanto a las comunicaciones y la dirección seguidas por los grupos indígenas. Más importante que los anteriores debió ser el río Conlara, no sólo por su extensión, caudal y recorrido, sino por su ubicación en el importantísimo valle de Concarán. El Conlara escapa por el ángulo N. de la sierra de San Luis, al S. de Villa Dolores, y está formado en sus orígenes por los arroyos Chutunsa y Luluarra, nombres de eufónica raíz india. A partir de la confluencia de los arroyos en que se origina, el río Conlara cambia su curso para dirigirse al S., hasta las proximidades de la localidad de Paso Grande, donde los cerros del Rosario lo obligan a cambiar nuevamente de dirección, para dirigirse, esta vez, hacia el N. Es en este importante tramo, sobre el amplio valle, donde se le juntan numerosos afluentes y donde las crónicas históricas y las encomiendas de las primeras épocas de la conquista sitúan importantes grupos aborígenes. Aquí es donde habrá que hacer, algún día, los estudios arqueológicos más completos sobre los últimos grupos aborígenes llegados a la serranía: los portadores de las culturas agro-alfareras.

Sobre el lado sud del amplio triángulo de la serranía debemos considerar tres ríos: el del Rosario, el de La Guardia y el Quinto. Los dos primeros no tienen, mayor importancia para nosotros. En cambio, el tercero es fundamental, ya que es la vía natural que vincula el corazón de la serranía sanluisense, con las llanuras pampeanas, por medio de los numerosos afluentes de su cuenca. A la cuenca del Río Quinto pertenecen, de oeste a este, el Río Grande que nace algo al N. de La Carolina, recibiendo a su vez varios afluentes como el arroyo de La Mesilla, de la Quinta, del Maray, de la Cal y de Pancana.

Paralelo al río Grande corre el Riccito, que se une al río Quinto a unos 4 km al E. de la unión de éste con el río Grande. Sobre la ladera O. del cerro Sololosta corre el arroyo de su mismo nom-

bre, que se une, al N. de Paso del Rey, con el de Cañada Honda, para ser, algo más al sur, tributarios del Quinto.

Más importante que los anteriores es para nosotros, La Carpa, pues pasa frente al propio cerro de Intihuasi, entre éste y el Sololosta, aunque mucho más próximo al primero. El río de La Carpa tiene sus orígenes en las faldas del cerro del Valle, casi sobre las faldas del cerro Federico, del grupo de La Carolina, separándolo del Cañada Honda los cerros Negros, de la Quebrada y del Valle.

La corriente de La Carpa, rechazada por los contrafuertes del Valle, se dirige al N., pero como encuentra casi en seguida el obstáculo del grupo que se prolonga hasta los Cerros Largos, se abre paso, por un cauce muy accidentado, hacia el E. y, después de salvar tantos obstáculos como los que los que le oponen los accidentes del terreno, toma rumbo al S. a partir de los Pozos, frente a Cerros Largos. Después de un transcurso de 40 km., más o menos, va a desembocar en el Cañada Honda, un poco más arriba de los Carditos. Sus principales afluentes, en la margen derecha, son las corrientes que bajan del Cerro del Valle, como el arroyo de su nombre; en el curso inferior recibe varios arroyos que corren de N. a S.E., como el: arroyo Potrerillo, que nace en el cerro Agujereado, el de La Torre, cuyas fuentes más lejanas están en el Manantial o Laguna de los Patos, a la altura del Sololosta; el río de la Sepultura y el arroyo Piedra Bola, todos los cuales se reúnen para echarse en La Carpa con el nombre también de río de las Viboritas o del Paso Ancho.

Los arroyos San José de Intihuasi y Chañares, que corren de N. a S. y el arroyo Guzmán, recorren hermosos cañadones cuyos desagües se echan unos mil metros antes de la confluencia del Cañada Honda con el río de La Carpa.

El río de La Carpa recibe, en la margen izquierda, los arroyos que bajan de los cerros Redondo, Intihuasi, Casa de Piedra y Pelado, cuyos nombres tienen; el río de La Quebrada que nace en el macizo vecino de Cerros Largos y otras

corrientes cuyos orígenes están en los contrafuertes de estos mismos cerros (Gez, 1938, p. 187).

El río de La Carpa tiene, desde sus orígenes hasta su conjunción con el de Cañada Honda, unos 50 km. de recorrido; frente a Intihuasi el río de La Carpa presenta una dirección S.E. hasta una distancia de 3 km. de la conjunción con el zanjón de Intihuasi; allí hace un codo para cambiar de rumbo y dirigirse al S.E.

En la zona Carolina-Río de La Carpa, dentro de la cual se encuentra Intihuasi, se hace el divorcium aquarum, a una altura media de 1.700 m. s.n.m. y siguiendo la línea de la gran fractura N. O. S.E., por donde escaparon las efusiones traquiandesíticas de la región. En esta divisoria quedan separadas dos regiones distintas "Una norte llana, formada de "pampas" y donde las mayores elevaciones las constituyen los cerros Canutal 1.185 m., La Virgen 1.960 m. y la falda este del C° Los Mellizos 1900 m. La otra, región sur, de mayor pendiente y surcada por cañadones de rumbo general N.-S., profundos y paralelos, en donde se distribuyen las acumulaciones aluvionales; las elevaciones que aquí se destacan son: C° Tomolasta 2.018 m., C° Potrerillos 1.970 m., C° del Valle 1.890 m., C° Sololosta, etc". (Bassi, 1948, p. 7).

5. CLIMA.

La posición geográfica de la provincia de San Luis, situada en el centro del país, alejada del área del litoral, le da un carácter semejante al de otras zonas mediterráneas argentinas.

No poseemos datos exactos sobre el clima de la zona de Intihuasi ni de la zona central de la serranía sanluiseña, ya que no se han efectuado observaciones, excepto algunos datos de San Francisco, localidad que puede considerarse, en cierto modo, como perteneciente a la zona serrana. Todas las observaciones registradas durante un cierto número de años corresponden a la capital de la provincia, sobre el borde de la serranía, o a la ciudad de Villa Mercedes situada en plena lla-

nura, donde las condiciones climáticas son, necesariamente, algo distintas a las que registra la zona serrana. La información que sigue se debe al resumen sobre el clima de San Luis hecho por Knoche y Borzacov. (Knoche y Borzacov, 1947).

"En toda la provincia la temperatura media anual es templada con una oscilación entre "confortable con tendencia al calor" y "fresco"; solamente Navia, casi en el límite con Mendoza, puede considerarse "cálido" en el mes de enero. Las máximas medias, se mueven en todas las estaciones y también en los distintos puntos de las provincias y territorios vecinos, entre "tórrido" y "confortable con tendencia al calor". Naturalmente, existen ciertas diferencias características; así por ejemplo, San Francisco tiene solamente un mes de promedio máximo "tórrido" mientras el resto de la provincia tiene tres meses y Navia y el extremo norte de la provincia cuatro meses. En todas las zonas habitadas el máximo absoluto en más de la mitad del año puede llegar al valor máximo internacional 10, correspondiente al "tórrido intenso". Las mínimas, por lo general, oscilan entre "templado" y "frío moderado"; pero, en Navia e igualmente en Buena Esperanza, es decir en la mitad sur de San Luis, este mínimo puede llegar accidentalmente a "frío". En esta misma región el mínimo absoluto baja en algunos meses a "frío intenso".

Vale la pena llamar la atención que el carácter de las temperaturas medias de un largo período, no siempre se repite en todos los años; Villa Mercedes, por ejemplo, tiene en un corto período de siete años (1931-1937), durante el mes de enero, dos veces el carácter "tórrido intenso" y cinco veces "tórrido"; en San Luis, durante el mismo período, la mínima media de junio se calificó en un año de "frío", en cinco años de "frío moderado" y en un año de "fresco".

Las amplitudes diarias demuestran ciertas diferencias en las distintas zonas de la provincia. San Luis y Villa Mercedes tienen carácter "mediano", y San Francisco hasta "pequeño" (Mayo); al contrario, en Navia y Buena Esperanza, que representan la parte sur de la provincia, se observa en

algunos meses una gran amplitud en la temperatura diaria. La zona sur ofrece condiciones más extremas que el norte de la provincia.

El índice de aridez es: "árido hídrico" en los meses de verano y "muy árido" en los meses de invierno.

La humedad relativa no es tan baja como puede suponerse; en San Francisco durante el otoño llega al estado "húmedo" y en los meses restantes al "casi húmedo" o "húmedo seco". En las demás regiones de San Luis prevalece el "húmedo seco" y solamente en aislados meses y en algunos puntos, baja al "seco húmedo".

Mucho más importante para todos los fines prácticos, por ejemplo para la evaporación, el metabolismo basal u otros valores combinados, es la tensión del vapor. Esta es mayor en el norte, donde la marcha anual está limitada por los extremos "húmedo seco" y "seco"; mientras que en el sur, estos límites son "seco húmedo" y "muy seco".

Las temperaturas efectivas con calma oscilan "cálido" y "fresco" en todo el curso del año, con excepción de San Francisco, donde el valor más alto corresponde al "confortable con tendencia al calor". Navia es la región más calurosa, porque tiene tres meses cálidos contra un mes en San Luis, Villa Mercedes y la región cercana al territorio de La Pampa.

La máxima media de la tensión del vapor en enero corresponde al "húmedo"; y la mínima media al estado "muy seco"; en julio los extremos de la tensión del vapor son "seco húmedo" y "excesivamente seco". Pero, siempre debe recordarse que los promedios (tensión del vapor, temperatura equivalente y efectiva) son valores teóricos; solamente adquieren un valor práctico cuando se toman en cuenta los extremos. Estos se dan en los cuadros para temperatura; la tensión del vapor también baja y sube por lo general en forma paralela con la temperatura.

La velocidad media del viento durante todos los meses corresponde al valor de 4 de la escala decimal, es decir, al valor que prevalece en toda la República.

La nubosidad, en la mayor parte de la provincia, corresponde al carácter "seminublado" o "algo nublado"; por esta razón la radiación e irradiación son fuertes y no sorprende que, durante el semestre invernal exista el peligro de heladas hasta en alto grado, durante algunos meses.

La precipitación es escasa en San Luis, pero aumenta en la frontera oeste y es mayor que la de la provincia de Mendoza. Recordemos que en la provincia de San Juan el índice anual de precipitación es 1; en Mendoza 2; y en la capital de San Luis es 4; aquí, durante los tres meses de verano podemos contar ya con una lluvia mediana. El máximo de lluvia (basado en un período de 15 años) corresponde a San Luis en el mes de enero. En una región de carácter desierto-estépico, como lo presenta esta provincia, hay grandes diferencias en las cantidades; así en Paso Grande, un mes de enero tenía, dentro de la escala decimal, el valor 1 (1936) y en otro año el valor 1 (1933). La frecuencia de las lluvias se clasifica entre "pequeño" y "muy pequeño".

Las granizadas, generalmente acompañadas por tormentas eléctricas, son frecuentes en ciertas regiones de San Luis; una de las zonas más perjudicadas es la de Villa Mercedes y también la misma capital, mientras Buena Esperanza se encuentra mucho más resguardada del fenómeno.

A pesar de tener mayor precipitación, San Luis es menos favorecida que la vecina provincia de Mendoza, por su poca posibilidad de regar vastos terrenos".

6. FAUNA Y FLORA.

Desde el punto de vista fitogeográfico la zona de Intihuasi caería dentro de los límites de la provincia del Monte o del Espinal (Hauman, 1947-1950, p. 208 y siguientes), en la que predomina una vegetación intensamente xerofítica; sin embargo, los alrededores de la gruta, en un área más o menos grande, se apartan de la característica esencial de la formación del monte. En efecto, lo que caracteriza a ésta fundamentalmente, "es un matorral, más o menos denso de arbustos y subarbustos de hojas pequeñas o sin ellas, lo

más a menudo espinosas, mezcladas o no con árboles de poca altura y del mismo tipo ecológico". En Intihuasi la vegetación arbustiva ha desaparecido por completo para dejar lugar a una vegetación herbácea de pastos duros, de *Stipas*, cola de zorro o plumerillo (*Hordeum*), cortadera (*Cortadera argentea*), pasto ciénaga (*Paspalum*). Cerca del cerro Sololosta existen, por excepción, algunos gualanes (*Calletia esp.*) y molles (*Schinus esp.*) que son muy pequeños y escasos.

La típica vegetación de la formación del Monte se encuentra muy bien representada en la región occidental de la Sierra de San Luis, "desde el filo de la sierra hacia occidente y además la sierra de Socoscora" (Pastore y González, 1954, p. 17). Allí se encuentran diversas especies arbóreas características, entre las que se cuentan el algarrobo negro (*Prosopis nigra*, Hier.), el algarrobo blanco (*Prosopis alba*, Gris). Es de notar que estas especies llegan sólo al pie de las sierras y no ascienden a la parte más elevada. Ya expresamos que no existen árboles en las proximidades de la gruta, excepto los plantados por la mano del hombre; por lo tanto si algunos de los grupos indígenas que poblaron la gruta, recolectaron frutos de algarrobo, debieron efectuar recorridos hasta sitios muy apartados para proveerse de las nutritivas vainas, a menos que las condiciones actuales no fueran las mismas que las existentes 3 o 4 milenios atrás. Desgraciadamente la falta de especialistas en análisis polínico impide afirmar nada sobre este aspecto tan fundamental de la ecología, imprescindible en todo estudio completo en una investigación de este tipo. Importante zona de algarrobales existe hoy en Pozo de los Rayos, al N. de San Francisco (Pastore y González, 1954, p. 18). Fuera del algarrobo hay que mencionar, entre la vegetación arbórea de la zona serrana occidental, el tala (*Celtis tala*, Griseb.), el quebracho blanco (*Aspidosperma quobraceo*, Schl.), el molle (*Schinus dependens*, Ort. Engl.), con ellos alterna, a veces, la tusca (*Acacia lutea*, Mill.), el peje (*Jodina rhombifolia*, Hook. et Arm.), la brea (*Cercidium Australe*, Johnst.), el retamo (*Bulnesia retamo*, Gris). Algunas especies arbustivas contribuyen a formar espesos matorrales alternando con árboles de mayor tamaño; las más comunes son el garabato o úña de gato (*Acacia*

praecox, Gris.); espinillo (*Acacia aroma*, Gill.); gualan (*Calletia ferox*, Gill.); atamisque (*Atamisquea emarginata*, Mrs.); tintitaco (*Prosopis adesminoides*, Gris.); y la jarilla (*Larrea divaricata*, Cav.). Al Sur de San Francisco, sobre el cono aluvial de la sierra, crecen aún palmeras (*Thrinax paraguayensis*) cuyos frutos pudieron o fueron usados por los indígenas, como sucedió en las regiones del litoral y quizás en Córdoba.

Una herborización parcial realizada en la zona de Peñón Colorado, a unos 25 km. de Intihuasi y clasificada por el Dr. Cabrera, proporcionó las siguientes especies (Vignati, 1937):

Helechos: *Notholaena bonaerensis* (Willd.) Christ; *Notholaena ternifolia* (Cav.) Kerp. *Woodsia montevidensis* (Spr.), Hieron.

Gramíneas: *Andropogon saccharoides* Sw. *Agrostis* sp.; *Briza paleapilifera*, L. R. Parodi. *Pennisetum chilense* (Desv.) Jack., llamado vulgarmente esporal).

Ciperáceas: *Fimbristylis capillaris* (L.) A. Gray

Poligaláceas: *Monnina angustifolia* D. C.

Euforbiáceas: *Euphorbia* aff. *hypericifolia* L. *Croton argentinum*, Mull Arg.

Ramnaceas: *Discaria longispina* (H. et A.) Miers, (llamada vulgarmente brusquilla).

Solanáceas: *Solanum* sp.

Escrofulariáceas: *Calceolaria lepidota* Kraenzl. (Vulgarmente: zapatilla).

Plantagináceas: *Plantago pagonica* (Jacq.).

Rubiáceas: *Mitracarpus sellowianus* (Cham. et Schlecht.).

Compuestas: *Vittadinia trifurcata* (Less), Gris. *Achyrocline alata* H. B. K. (vulgarmente: marcela); *Gnaphalium gnaphalium gaudichaudianum* (D.C.); *Bidens triplinervis* H. B. K. *varnacrautha* (Wedd.), Sherff.

Todas estas especies son, según el Dr. Cabrera del dominio Chaqueño, principalmente de la Provincia del Espinal. La dispersión es, por lo general, chaqueña. *Pennisetum chilense* es andino, lo mismo que *Calceolaria lepidota*. *Plantago patagonica* es característico de la provincia del Monte (Dominio chaqueño), pero se halla también en suelos arenosos de otras provincias.

Entre las plantas aborígenes cultivadas, de importancia económica, hay que mencionar que el

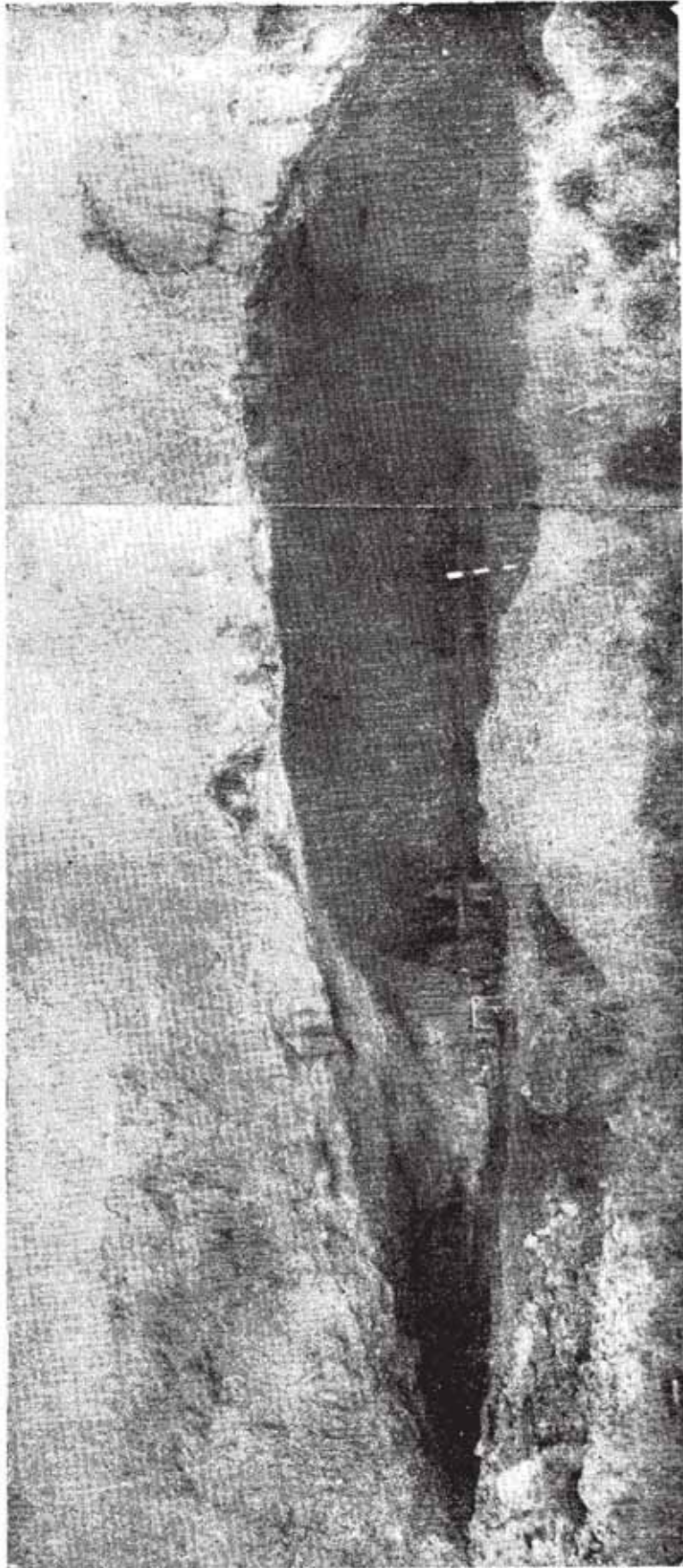


FIG. 9.— Vista de conjunto de las dos grutas de Infiluasi. Fotografía tomada durante los trabajos de excavación.

cultivo del maíz se hace en la zona de Intihuasi en escala muy reducida y las cosechas producen únicamente en años muy lluviosos.

La fauna actual no contiene ya los elementos que fueron primordiales en la vida aborigen: el guanaco (*Lama guanicoe*) y el ciervo (*Ozotocerus*) (Lallemant, 1888). Viejos pobladores aún recuerdan la existencia de estos animales en Intihuasi, así, don Domingo Quiroga, que nació y ha vivido al pie del Sololosta, recuerda que a comienzos del siglo existían todavía tropillas de docenas de guanacos. También se ha extinguido el cóndor pero Avé-Llallémant lo menciona entre la fauna de la región. El puma (*Felis concolor*) es hoy muy escaso. El tigre (*Felis onca*) vivía en el siglo pasado en Las Salinas en Agua Tapada y Ramaditas, aunque parece ya no existía en la sierra (Lallemant, 1888, p. 38). El mismo autor menciona la existencia del gato montés y anota la desaparición progresiva del avestruz. (Op. cit., p. 42). Entre la fauna menor se cuentan liebres, perdices, zorros, zorrinos y hurones. Las águilas son aún comunes y sobre la gruta misma tenía su nido una pareja de ellas. También se ven halcones

B) DESCRIPCIÓN DE LA GRUTA DE INTIHUASI.

El cerro de Intihuasi se levanta a unos 150 m sobre el nivel del terreno circunvecino y a 1.715 m s.n.m. y se halla situado a 32° 49' 49" de latitud y 65° 59' de longitud. Visto desde el naciente, que es el lado por donde se encuentra la gruta, presenta una forma alargada que culmina en una cumbre curva y prolongada. (Figuras 3; Lám. I; Fig. 2). En la base del cerro se advierte la entrada de la caverna. Mirando desde cierta distancia la vista sigue la clara huella del camino, recientemente construido, y se pierde en la mancha oscura de la entrada. En otras épocas ésta debió estar íntegramente oculta por los espesos sedimentos cuaternarios que, en forma de talud, se levantan frente a ambas grutas y se recuestan sobre la ladera del cerro (Lám. III). Lo único que se destaca, por encima del talud, es la amplia hornacina, vestíbulo gigantesco, a cuyo pie se abren las entradas de las dos cavernas. La altura de este alero exterior o vestíbulo es de 29 m.

sobre nuestro nivel 00, y alcanza una altura total de 32 m., tomando ésta sobre el nivel actual de los sedimentos blandos existentes a su pie y sobre la vertical (ver esquema fig. 12). La profundidad total de la hornacina o vestíbulo, medida en proyección desde su borde exterior hasta la saliente máxima de la gruta, puede calcularse en unos 8 m. Es indudable que la amplia arcada superior de la hornacina, enmarcando el frente de la gruta la protegía del sol en los meses estivales y de la lluvia y el viento del invierno. Por otra parte éste fue el sitio más seco y de mayor luminosidad de toda la caverna prestándose como el lugar donde debieron reunirse preferentemente los habitantes que la poblaron en las diferentes épocas. En ese sitio debió concentrarse el mayor número de actividades (1) y es allí, por consiguiente, donde debió quedar la mayor cantidad de restos arqueológicos. No tuvimos, sin embargo, la suerte de poder excavar este lugar, ya que la casi totalidad de la superficie del vestíbulo desapareció con las remociones efectuadas por la Dirección Provincial de Yalialidad. Con todo, los retículos más próximos al vestíbulo que quedaron indemnes, tales como C, R, y S, brindaron excelentes resultados.

Aunque siempre se habla de la gruta de Intihuasi en singular, en realidad se trata de dos grutas diferentes (fig. 9). Pero el hecho de ser una de ellas mucho más pequeña, casi insignificante comparada con la gruta principal, hace que prácticamente se considere sólo esta última. Aquí nos referiremos a la gruta mayor como gruta A o gruta principal. La más pequeña la designaremos indistintamente como gruta B, gruta pequeña, o secundaria.

La entrada de ambas grutas está delimitada, en su margen superior, por una extensa arcada sobresaliente, de 2.45 m. de espesor en la línea de mayor prominencia (Fig. 10; Lám. II). Esta entrada mide, desde el techo de la gruta principal hasta su piso 6.05 m. y 1.60 a 2 m. a la altura de la

(1) Esta superficie está señalada en el esquema de la figura 12 por la palabra vestíbulo. En el esquema de planta, fig. 11, la zona del vestíbulo es la comprendida entre el alero superior y el alero inferior.

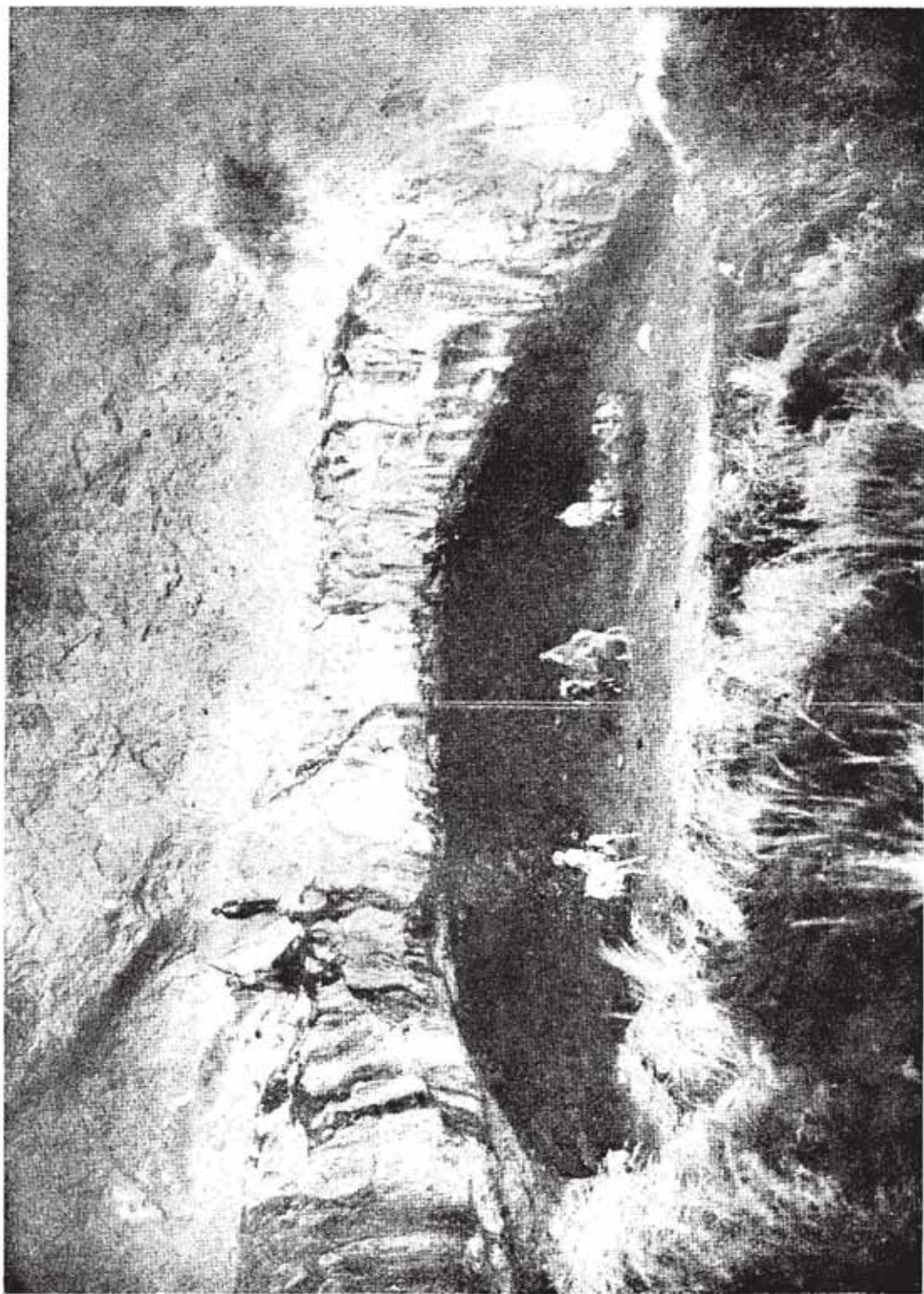


FIG. 10. — La gruta de Intilmasí antes de que se hubiesen efectuado remociones en sus sedimentos, según una vieja fotografía reproducida por Gez. (1938, Lám. XVII).

cuadrícula B, en la gruta pequeña. El ancho máximo de la gruta mayor, tomado en la boca es de 27 m. y 8 m. el de la gruta más pequeña. La longitud máxima de la gruta A, medida desde su fondo a la línea base, es de 33,33 m. y de 22,50 m. hasta el borde del alero inferior. Las medidas de la gruta B son 11,5 m. de largo por 6 a 2,5 m. de ancho. Por su forma la mayor parte de esta última ofreció malas condiciones de habitabilidad y en el momento de las excavaciones se hallaba colmada de sedimentos casi hasta el techo y en más de la mitad de su extensión.

Las medidas de la gruta mayor que damos nosotros difieren, en parte, a las registradas por otros autores. Cuando las diferencias no son esenciales se deben al hecho de que no existen puntos de reparo, salientes o puntos absolutos donde tomar las medidas y de allí la discrepancia entre los distintos investigadores. En conjunto, la gruta principal, observándola en planta, tiene una forma groseramente semicircular, fig. 11, pero no toda esa superficie pudo ser útil a la ocupación humana. Debemos eliminar un amplio espacio en el lado O. donde la pared forma una rampa oblicua casi desde el techo al piso, de manera que esa superficie no pudo utilizarse, según puede verse en el esquema de planta. Esa rampa oblicua sólo sirvió para permitir a los indígenas trepar por ella y dejar, en la pared, casi en los límites del techo, algunas pictografías.

Otros detalles del interior de la gruta principal se observan también en el mismo esquema de planta de la fig. 11. Puede verse, en primer término, el reticulado hecho para efectuar la estratigrafía y la línea que delimita la superficie excavada por Vialidad. Hemos indicado, mediante flechas, el lugar donde se hallan filtraciones más o menos extensas y abundantes, que se distinguen por la vegetación existente sobre las paredes, por el color de la roca y la humedad permanente. Bajo distintas condiciones climáticas de mayor precipitación pluvial, estas filtraciones quizás habrían podido convertirse en verdaderos manantiales, que a través de los siglos, habrían influido en la forma del contorno actual de la gruta.

En el extremo N. de la línea 9 se halla un divertículo mamiforme que prolonga en pequeño la gran cavidad. Sobre uno de los lados de este di-

vertículo es visible una de esas filtraciones. Vista la gruta A en corte transversal, a la altura de los retículos 4, puede observarse su forma asimétrica con una cavidad mayor, ligeramente ovoidea, hacia el lado S., y una prolongación alargada hacia el N.

La gruta B es, como dijimos, mucho más pequeña que la anterior. Se hallaba llena de sedimentos blandos hasta gran parte de su altura. En el lado oriental, en un ancho de unos 4 m estos sedimentos llegaban hasta el techo, de manera que la excavación presentó grandes dificultades. Por otra parte, este lugar, húmedo y oscuro resultó ser un basurero en el que se acumularon grandes cantidades de residuos óseos. Para complicar su estudio el depósito de las capas no se efectuó en camadas horizontales sino en estratillos de gran oblicuidad. Por desgracia, junto a los restos de comida, se hallaron allí un buen número de especímenes arqueológicos interesantes, cuya estratigrafía resulta, por las razones arriba apuntadas, muy dudosa, más aún, cuando a las causas antes mencionadas, se agrega el hecho de que la excavación se hizo durante dos días que permanecimos en San Luis. Por estas razones preferimos no considerar en nuestros resultados estratigráficos los elementos obtenidos en ese basurero, aunque se los describe en la parte correspondiente. En la gruta pequeña sólo tuvimos en cuenta las dos líneas de cuadrículas centrales A y B, fig. 11, porque todo el lado oriental se hallaba ocupado por el basurero y fue difícil excavarlo cuidando la estratigrafía. El lado occidental, entre la línea B y la pared no fue removido.

Si bien los materiales arqueológicos de la gruta B fueron convenientemente separados de los de la gruta mayor, en los resultados consideramos los elementos en conjunto, ya que existió uniformidad cultural entre ambas grutas y, salvo algunas diferencias de detalle, la composición estratigráfica fué equivalente.

Toda la superficie situada frente a la entrada de ambas cavernas, en una extensión de más de 50 m. se halla ocupada por un amplio talud oblicuo recostado en parte sobre la ladera Sud de la mole traquítica del cerro. Este talud, seccionado hoy por el camino de acceso a la gruta, está for-

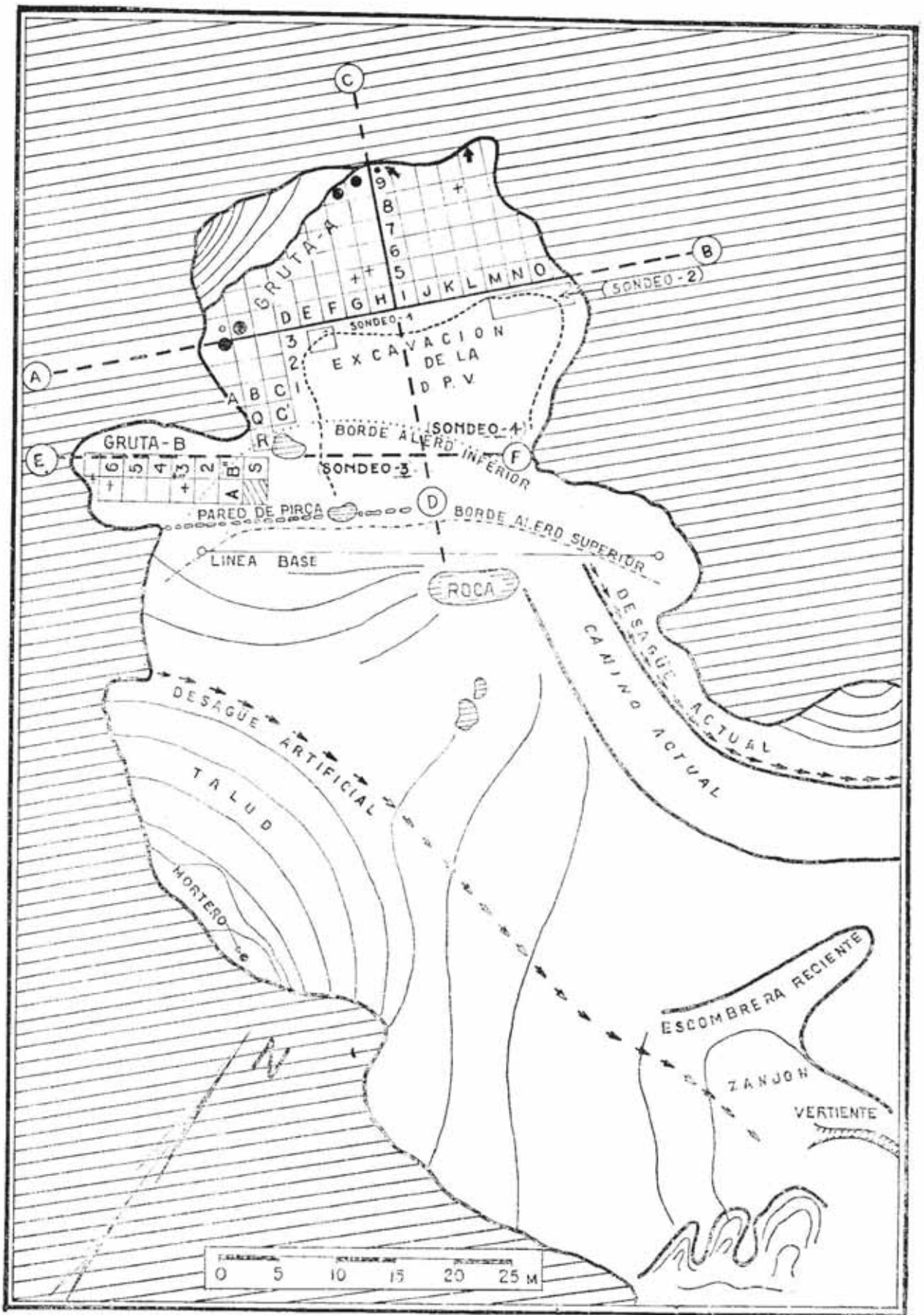


FIG. 11. — Planta de la gruta de Intihumasi y alrededores. Los círculos negros indican los pozos de almacenaje. Las cruces, los sitios de hallazgos de restos humanos, las flechas, el lugar donde existen filtraciones de agua en las paredes de la gruta.

mado, de acuerdo a lo que puede verse en el corte, por loess amarillento o pardo amarillento del pampeano superior. Superficialmente se hallan sobre estos sedimentos, bloques rocosos y material de derrubio pedemontano, según puede observarse en las fotografías de la lámina III.

Este talud loésico debió jugar importante papel en la acumulación de las capas post-pampeanas pues protegió la entrada de la gruta evitando, en gran parte, el depósito de sedimentos cólicos y orientó, además, el régimen de las aguas. En efecto, el talud tuvo una caída oblicua hacia el N. y N.N.E., según se ve en las curvas de nivel, en el croquis de la fig. 11. En sus condiciones originarias el desagüe se hacía exclusivamente por el límite N. de la gruta, siguiendo el borde del talud, en el espacio existente entre éste y la proyección del alero superior en el suelo. Las aguas se escurrían íntegramente por el pequeño zanjón indicado en la figura mencionada como "desagüe actual". Por entonces no existía el "desagüe artificial" indicado en la misma figura.

El escurrimiento definitivo de las aguas, tanto en las primeras épocas como actualmente, se hacía y se hace por el zanjón existente a unos 55 m. de la entrada de la gruta, lugar que aparece indicado en el esquema simplemente como zanjón.

Este zanjón, en cuyo fondo existe una vertiente más o menos permanente, excavó sus barrancas en sedimentos pampeanos y continúa más adelante en otro cauce más amplio que drena, mediante una serie de pequeños afluentes, todo el vallecito situado frente a la gruta y que, finalmente, vuelca sus aguas en el río de La Carpa, fig. 3; lámina IV, 1.

Entre los detalles dignos de tenerse en cuenta, en la simple inspección superficial, está el de un muro de piedra sin mortero que lleva una dirección S.S.O. a N.N.E.. Esta pared, que se desprende del ángulo S. de la caverna menor, mide 23 m. de largo; el ancho es de unos 60 cm. y el alto no excede los 40 cm. Es bien visible en la fotografía de la fig. 2, Lám. II. Es difícil decir con exactitud quien construyó esa pared, ya que no se dispone de elementos de juicio, pero dada la escasez o absoluta ausencia de vestigios de habitaciones indígenas con paredes de piedra en esta zona, lo mismo que en gran parte de Córdoba, es de su-

poner que esa construcción se debe a los campesinos de épocas recientes que utilizaron la gruta con diversos fines. Quizás esa pared sirvió para completar el corral que naturalmente forma la gruta, aunque la escasa altura actual de la misma no resulta muy conveniente para este fin.

1. ORIGEN DE LA GRUTA.

La espeleología es una ciencia que no se ha cultivado entre nosotros, pese a que en algunos países es una rama científica de alta especialización. Quizás la falta de interés por el tema se deba, en parte, al hecho de que nuestras grutas y cavernas no son ni abundantes ni de grandes proporciones. Excepto la caverna de Última Esperanza o del Milodón, en el extremo austral de Patagonia, las demás hasta ahora conocidas son relativamente pequeñas, aunque no sería difícil que investigaciones bien dirigidas revelaran sorpresas al respecto.

En las Sierras Centrales son raras las verdaderas cavernas. En Córdoba existen algunas debidas a la acción de las aguas al actuar sobre rocas calcáreas (Prolavorio, M.S.). Más abundantes que las auténticas cavernas son los abrigos bajo roca. Tales por ejemplo los numerosos abrigos del valle de Ongamira, debidos a la acción de la erosión eólica o hídrica al actuar sobre capas brechosas o de areniscas de distinta consistencia. También son abrigos bajo roca los de Intihuasi, situados cerca de Achiras, y el de la "Cueva de los Indios" en Pampa de Olaen. Este último se debió originar especialmente por acción de las aguas del río cercano, que en época lejana habría llegado hasta el mismo abrigo actual.

La gruta de Candonga, donde se realizó el interesante hallazgo que dio a conocer Castellanos (Castellanos, 1943) estaba excavada en una caliza cristalino-granulosa en la que hubo fracturas por las cuales penetró el agua pluvial que dio origen a diversos fenómenos de disolución y, finalmente, formó la gruta. (Op. cit., p. 14).

Sobre el origen de las llamadas "grutas" de Tandilia existen referencias en el informe de Tapia (Tapia 1937, p. 94) quien nos dice: "Como se ha indicado al tratar la naturaleza de las areniscas y cuarcitas infrapaleozoicas, en sus afloramientos

tos dos son los aspectos de su relieve: el de paredones acantilados y en gradería que forman la sucesión alternante de sus bancos de diferentes consistencias y el de pendientes atenuadas por la erosión y la cubierta sedimentaria pleistocena y más moderna. En ambos casos la marcha de la erosión subaérea encuentra campo propicio para destruir en mayor grado que agrandar o producir oquedades o exhumarlas de la profundidad. Las hay de tamaño minúsculo con su gradación intermedia hasta el de grandes cornisas con grutas a veces gigantescas, como son las del Corredor de Quintín, que tiene 41 m. de largo, por 3.50 m. de altura y 7.50 m. de profundidad, situada en la pendiente O. de la Sierra de Los Difuntos; la del Arazá de 25 m. de largo, 4.50 m. de abertura y 3.50 m. de profundidad, situada en la ladera austral, sobre una terraza del primer valle contiguo al de Copelina, situado al S. y tributario de la quebrada del Hacha, las numerosas que siguen al nivel de las de Ojo de Agua en las paredes de La Vigilancia. Así como la de Las Hachas de 32 m. de largo, 3.50 m. de abertura y 8 m. de profundidad, situada sobre una terraza pero en una junta tectónica.

Pero los factores que han favorecido el diferencial trabajo de la erosión en las paredes de las sierras son, además del apilamiento de estratos horizontales de distinta textura y de los alternantes de la estratificación entrecruzada, los tectónicos que han producido planos de corrimiento".

En Patagonia hemos visto distintos tipos de cavernas y abrigos, algunos análogos a los ya mencionados, otros de origen diferente como la caverna principal del río Pinturas, en Santa Cruz, que es una típica caverna producida en una falla geológica. Los abrigos estudiados por Bird, como el de Palli-Aike son de origen volcánico (Bird, 1938, p. 264).

La gruta de Intihuasi es también una caverna originada dentro de una roca de origen volcánico, que corresponde, según las opiniones autorizadas, a efusiones miocenas o pliocenas (ver. p. 27). Existe una tendencia muy evidente en estos cerros a formar oquedades más o menos profundas (fig. 1, Lám. X).

Es muy posible que el magna volcánico tuviese distinto grado de consistencia, de manera que den-

tro de la misma roca alternarían zonas más fácilmente atacables y destruibles que otras. En una de esas áreas de contacto debió formarse la gruta de Intihuasi. Es de hacer notar que las cavernas originadas en rocas volcánicas son las menos frecuentes (Cullingford 1953). Ya en el siglo pasado Jegou insinuaba el origen de Intihuasi basado en la distinta calidad y textura del magna efusivo (Jegou, 1883, p. 225), aunque erraba en forma manifiesta, al referirse al carácter del relleno de la gruta.

2. ANTECEDENTES ARQUEOLÓGICOS.

Intihuasi figura en la literatura arqueológica del país desde comienzos del último cuarto del siglo pasado. A partir de entonces, y de tanto en tanto, volvió a ser mencionada y justipreciado su interés con juicios varios.

Casi todos los autores realizaron fugaces visitas de pocas horas a la gruta, concretando en cortas descripciones la impresión que esa visita les causó o repitiendo a menudo, casi las mismas palabras de quienes los precedieron. Sólo dos de ellos —cronológicamente el primero y el último que figuran antes de nuestro viaje— realizaron excavaciones en los sedimentos blandos del relleno y la opinión de ambos, separados por medio siglo de distancia, tradujo juicios diametralmente opuestos en cuanto al valor e interés que el estudio completo de la caverna podía aportar a la arqueología.

Para nosotros, llegados a Intihuasi cuando los sedimentos arqueológicamente fértiles quedaban reducidos a menos de la mitad y, sobre todo, cuando se había removido la parte de ellos donde todos los hechos indican que hubo una mayor acumulación y una estratificación más perfecta esos relatos y descripciones de la primera época pudieron ser de gran importancia. Pero lo utilizable se reduce a escasas líneas o frases sueltas que ilustran poco sobre los temas de mayor interés.

El primero que llama la atención sobre la gruta de Intihuasi es Germán Avé-Lallemant quien en su trabajo sobre la geognosia de San Luis, aparecido en 1875, se refiere a las distintas grutas que aparecen en la región montañosa de esta provincia especialmente en la zona de Intihuasi, entre las que se destaca la gruta del mismo nom-

bre. Transcribimos sin alteración sus propias palabras: "Para una descripción de la fisonomía de la Sierra de San Luis no deja de ser remarcable el grandísimo número de cuevas que se encuentran doquiera. La mayor parte son grutas de boca ancha, muchas de ellas solamente de unos cinco o seis metros de hondo, pero hasta unos cincuenta metros de largo y tan pulidas por los costados y el techo, a veces mismo por el piso, que llaman altamente la atención. Así se presentan las grutas llamadas: "los Morteritos", las innumerables grutas en el cerro de Zololosta, "los Corredores", "las Casas Pintadas", y las casas de Piedra sobre todo la lindísima gruta de Intihuasi, de unos cincuenta metros de diámetro, con una entrada en forma de arco de veinte y ocho metros de ancho sobre cuatro de alto, con una especie de atrio de ochenta metros de alto, unos cien de ancho y diez de hondo, situada debajo de un precipicio, de unos ciento cincuenta metros de altura, y muchas cuevas más" (Lallemant, 1875, p. 105).

No hay duda de que la mayoría de las medidas transcritas fueron calculadas a ojo, pues difieren bastante de las reales. Más adelante, en el mismo trabajo, Avé-Lallemant agrega algunas observaciones de gran interés, sobre todo si tenemos en cuenta la época en que fueron formuladas, las que transcribimos respetando, también, íntegramente el original: "Me permito agregar aquí una observación a respecto de los muchos restos de huesos que se encuentran en la boca de la grande cueva del Intihuasi. Estos huesos son casi todos de guanaco, bien si hay al lado del arroyo en el barro pedazo de huesos mayores, que no puedo reconocer. El fondo de esta grandísima gruta está cubierto por una capa de estiércol, debajo del cual se halla una capa de arcilla roja ferruginosa. De esta arcilla en la entrada, al lado del arroyo, formado por las aguas, que en tiempo de lluvia caen de arriba del precipicio, se sacan un grande número de huesos; los [más] grandes de estos son quebrados; son evidentemente rompidos a fuerza, quizás por hombres. No se hallan huesos de animales ganaderos, pero si de guanaco y otro animal grande; también del Cóndor. De esta misma arcilla resultan unos pedazos de cuarzo trabajados perfectamente en forma de punta de flecha: una de estas he visto que me dicen haberse

hallado en el mismo punto, cuyo dos filos están labrados en una forma de zic zaque curioso. Excavaciones hechas dentro de la cueva, darán quizás resultados arqueológicos y geológicos interesantes" (Op. cit., p. 108).

Creemos necesario hacer algunos comentarios al texto de Avé-Lallemant. Es evidente que la capa que este autor llama de arcilla ferruginosa corresponde a los sedimentos pampeanos marcados con el n° 6 en nuestros esquemas. Esta arcilla quedaba al descubierto, y queda aún hoy, en el zanjón de escurrimiento que se halla frente a la gruta, el que abarca todo el ancho de la boca. Ahora bien, no fué esa capa de loess pampeano el sitio de origen de aquellos restos óseos y arqueológicos, sino la capa sobrepuesta de sedimentos húmicos la que contiene íntegramente huesos y utensilios. Esta última, al desintegrarse por acción de las aguas, dejaba al descubierto los restos de fogones y su contenido, los que eran arrastrados y parcialmente acumulados en el fondo del zanjón. Interesa aclarar este punto, pues el mismo error vuelve a ser repetido literalmente muchos años más tarde por otro de los autores que realizó excavaciones dentro de la gruta. Basta observar los perfiles incluidos en la parte pertinente para comprender que si los restos observados por Avé-Lallemant provienen de la capa rojiza, su edad pampeana sería segura, cosa que no ocurre en la realidad. No deja de tener interés la sugestión final de Avé-Lallemant sobre los resultados que, a su juicio, podía ofrecer la excavación total de la gruta.

Durante los meses de enero a abril de 1875, el mismo año de la aparición del trabajo de Avé-Lallemant, el Dr. Luis Brackebusch recorre la serranía sanluisense en viaje de investigación geológica y llega hasta la gruta de Intihuasi, en la que pasa la noche, luego de escalar el cerro; el Dr. Brackebusch nos dice textualmente: "Siguiendo la continuación de las rocas que componen el Sololosta llegué a los cerros del Intihuasi, que subí de igual modo, durmiendo una noche en la célebre casa de piedra, de que se dice ser un templo antiguo de los indios o la habitación de algún Inca".

"También se cuenta, que en el suelo dicho hueco (que tiene una altura de 40 pies, un largo de 100 y un ancho de 70) se encuentran bajo una

gran cubierta de tierra y privadas acumuladas, fuera de abundantes huesos, muchas antigüedades. Según noticias de Don Germán Avé-Lallemant, el Dr. Burmeister, ha tratado con él, de hacer excavaciones a objeto de descubrir algunos objetos. . ." (Brackebusch, 1875, p. 186). Brackebusch visitó en ese mismo viaje el otro Intihuasi, el del abrigo que se encuentra a 5 leguas de Achiras, y señala el interés arqueológico del mismo (Op. cit., p. 170).

En 1876 se publica en París la obra de Burmeister *"Description Physique de la Republique Argentine"* y nuevamente volvemos a encontrar referencias a Intihuasi, aunque estas son transcripción casi literal de lo dicho por Avé-Lallemant excepto en dos párrafos: uno el que se refiere a la arcilla roja, capa que Burmeister supone introducida por el arroyo vecino; el segundo trata de la edad probable de los hallazgos arqueológicos, los que Burmeister interpreta como pertenecientes a una época muy próxima a la nuestra (Burmeister, 1876, II, p. 348). Es curioso que Burmeister reproduzca casi exactamente el mismo texto de Avé-Lallemant, cuando, según parece, Burmeister habría intentado realizar excavaciones dentro de la gruta (Brackebusch, 1878, p. 187).

Pocos años más tarde, Florentino Ameghino, al resumir los conocimientos arqueológicos de su época, vuelve a reproducir las palabras de Avé-Lallemant y Burmeister, con el comentario de que los vestigios arqueológicos descubiertos dentro de la gruta "se remontan, seguramente, a una época muy anterior a la invasión de los peruanos [incas]" (Ameghino, 1918, I, p. 282).

Han de transcurrir muchos años antes de que volvamos a encontrar referencias sobre Intihuasi. A fines del siglo pasado y comienzos del actual el interés arqueológico se había desplazado a otras zonas: a Patagonia por la frecuencia de hallazgos, y sobre todo al N.O. argentino, por la cantidad e imponencia de sus vestigios. Las Sierras Centrales, punto de transición cultural, con culturas no bien definidas, quedaron relegadas al olvido. Recién en 1919, el arquitecto Héctor Greslebin realiza durante el mes de junio una rápida visita a la zona de Intihuasi. De esa excursión nos da, 9 años más tarde, un corto relato en que describe los resultados de ese viaje en el que se inició

como arqueólogo (Greslebin, 1928). Para llegar por aquel entonces hasta Intihuasi, Greslebin debió recorrer a caballo el largo trayecto desde San Luis. La estación invernal, agravó las dificultades y penurias de ese largo recorrido.

Las descripciones que Greslebin hizo de la gruta son muy breves (Op. cit., p. 229 y siguientes). Sólo se detuvo a inspeccionar el lugar, levantando de la superficie del suelo dos útiles de piedra (op. cit., p. 230). Reprodujo, además, un croquis de la gruta que debió hacer "a ojo", ya que el tiempo que permaneció en ella fué por demás corto para un relevamiento de otra índole. En el artículo de Greslebin encontramos además, referencias e ilustraciones sobre la "Casa de piedra" y la "Casa Pintada", sobre las que volveremos en la parte respectiva. Creemos que debe destacarse, a la luz de los hechos posteriores y a 32 años de distancia, la sospecha de Greslebin de que los sedimentos de Intihuasi debían contener importantes vestigios arqueológicos y sorprende su clarividencia al afirmar que "tal vez es posible hacer dentro de la gruta una estratigrafía interesante" (Op. cit., p. 232).

Pocos años después de la visita de Greslebin, es Francisco de Aparicio quien, en un viaje auspiciado por el Ministerio de Instrucción Pública, realiza una excursión por los yacimientos arqueológicos de San Luis en el verano de 1925, llegando en una rapidísima visita hasta Intihuasi. De la gruta nos dice: "En la actualidad el piso [de la gruta] está cubierto por una gruesa capa de estiércol, pues los animales encuentran allí magnífico refugio contra la intemperie; a pesar de esto, allí donde el agua pluvial lava la superficie del terreno e impide la acumulación de guano se encuentra gran cantidad de fragmentos de sílex y de cuarcita, entre los cuales pude recoger una punta de flecha rota y algunos raspadores muy toscos. El yacimiento ha debido ser muy rico en restos de industria pues, a pesar de ser muy visitado por turistas y curiosos desde hace años, aún conserva en su interior un mortero excavado en una piedra suelta, una mano de mortero de grandes dimensiones y algunas manos de conana".

"Las paredes del abrigo han estado cubiertas por gran número de frescos rupestres perdidos en la actualidad casi completamente, al punto que

sería imposible reproducir el dibujo de ninguno de ellos, pero puede aún reconocerse que su carácter corresponde exactamente al de los frescos de los abrigos de la sierra de Córdoba" (Aparicio, 1926-1928, p. 458).

En último término, es el jefe del departamento de antropología del Museo de La Plata, M. A. Vignati, quien realiza tres viajes de investigación a la zona de Intihuasi. El primer viaje entre los meses de enero y febrero de 1933, el segundo entre noviembre de 1933 y febrero de 1934 y el tercero entre enero y marzo de 1936. (Vignati, 1936 a, p. 310; idem 1936 b, p. 359).

El autor nos informa que efectuó "...en dos lugares del suelo [de la gruta] profundas excavaciones con resultados mediocres. Muchos huesos de mamíferos y aves fracturados, todos ellos restos de comidas mezclados con cenizas, es lo que continuamente se pone al descubierto y sólo uno

que otro instrumento lítico es el premio de tanta labor..." (Idem 1936, a, p. 319). La mayor importancia de la gruta en materia arqueológica la constituyen, a su juicio, las pictografías (op. cit., p. 320).

Al cabo de la tercera temporada de investigaciones, el autor citado, estampa su opinión definitiva sobre la gruta Intihuasi: "A la par de lo que ya había comprobado Avé-Lallemant, la arcilla de la entrada es la única que provee de restos de industria lítica; lavada aquella por las aguas pluviales, pone en descubierto el interesante material que contiene. Allí pude reunir nuevos elementos similares a los ya coleccionados anteriormente sin que nada haga sospechar la existencia de extraordinaria cantidad de vestigios que justifiquen gastos de remociones intensas y sistemáticas que en diversas ocasiones se han sugerido". (Idem 1936, b, p. 360).